

NÚMERO DOBLE

AMAUTA



AÑO II

LIMA, DICIEMBRE DE 1927

10

Libertad y Propiedad en el Nuevo Derecho

POR CARLOS SANCHEZ VIAMONTE

He dicho en otra ocasión y repito ahora que no todos los derechos del hombre son verdaderos derechos individuales, ya que pueden ser clasificados: primero, derechos que atañen a la libertad política; segundo, derechos que atañen a la libertad civil; tercero, derechos que atañen a la libertad jurídica. Los derechos comprendidos en los dos primeros términos de la clasificación que antecede, son verdaderos derechos individuales, porque tienden a asegurar al individuo la integridad de su persona, permitiéndole hacer, sin restricción, todo aquello que se considera indispensable para su integridad fisiológica y moral.

De esa suerte, puede concretarse la doctrina de los verdaderos derechos individuales diciendo brevemente que son "facultad de hacer". En efecto: analícese cuidadosamente uno por uno los derechos individuales que conciernen a la libertad política y civil y se hallará que todos ellos significan la facultad personal de hacer algo. Aun puede reducirse a esos términos el precepto constitucional que declara a todo individuo no obligado a hacer lo que la ley no manda, porque obligarlo, constreñirlo, implica siempre privarlo de la facultad de hacer lo contrario, facultad que le reconoce expresamente la Constitución por medio de los derechos declarados y enumerados.

En cuanto a los derechos erróneamente llamados individuales (dada su naturaleza social) que atañen a la libertad jurídica — por ejemplo, el derecho de propiedad — es imposible negar que se refiere a las cosas, a los bienes, no a las personas, y el régimen jurídico de los bienes es de diferente naturaleza institucional que el de la libertad de los individuos.

Para que se vea clara la diferencia entre el derecho de propiedad y un derecho individual auténtico, me basta hacer notar que la propiedad es enajenable — se puede ceder, donar, cambiar, vender — no obstante la declaración constitucional de su inalienabilidad — y eso no se puede hacer con ninguno de los verdaderos derechos individuales que atañen a la persona.

Podría asegurarse que la característica de los verdaderos derechos individuales consiste en que son siempre derechos del hombre sobre sí mismo, poder, de la conciencia y de la voluntad humana sobre el organismo que integra la personalidad, ejerciéndose por medio de la ejecución de aquellos actos que son propios de la naturaleza del individuo en estado de convivencia social.

Los derechos llamados individuales erróneamente porque atañen a la libertad jurídica, significan la existencia de un vínculo de las personas con las cosas o bienes, vínculo de carácter jurídico que se refiere al patrimonio y de ningún modo al individuo propiamente dicho.

Tomado al azar, cualquiera de los verdaderos derechos individuales permite la sustitución de la palabra "derecho" por la palabra "libertad", y ambas son empleadas indistintamente por la Constitución, de tal manera que puede decirse libertad de tránsito, libertad de palabra, de culto, etc., etc., pero no puede decirse libertad de propiedad.

Deteniéndose a realizar un breve análisis psicológico-jurídico, se verá cómo cualquiera de los derechos individuales amplía la personalidad de cada uno de los individuos en particular y la de todos en general. La verdadera libertad de un individuo no merma la verdadera libertad de otro, porque consiste en un aporte que cada uno se hace a sí mismo sin afectar a los demás, de tal suerte que la mayor riqueza de libertad posible no aumenta la pobreza de nadie, porque nada sustrae a los otros, dada la esencia y calidad individual subjetiva de su contenido.

Más aún, jamás podrá haber conflicto entre dos individuos respecto a un verdadero derecho individual, ya que — por serlo — es común a todos y en todos idéntico; de tal manera que se hace imposible establecer sobre él un privilegio y, mucho menos, exclusividad. Por el contrario, las cosas o bienes, objetos del derecho de propiedad, dan lugar al conflicto de intereses encontrados, porque no pertenecen a todos por igual, porque no son comunes, desde que "comunidad" es exactamente lo opuesto a "propiedad", que quiere decir facultad exclusiva y excluyente.

En los verdaderos derechos individuales el sujeto y el objeto del derecho se confunden e identifican; en el derecho de propiedad, el sujeto es una persona y el objeto un bien cuya pertenencia crea una desigualdad que proviene, no de lo que el individuo es, por sí mismo, sino de lo que le otorga la sociedad, que es, por definición, la propietaria titular de toda la riqueza social creada por obra del trabajo humano acumulado anónimamente.

Todo derecho individual verdadero es siempre, por su naturaleza cualitativo, y no se puede poseer en mayor o menor cantidad; se posee o no, eso es todo. En efecto: nadie puede ejercitar dos derechos de pensar, de escribir, de transitar, etc., y nadie puede apoderarse y usar, a más del propio, un derecho individual ajeno. Esto confirma y acentúa el carácter subjetivo de los verdaderos derechos individuales, a diferencia de los derechos patrimoniales, objetivos y cuantitativos.

La "facultad de hacer" es una "cualidad" del individuo, un atributo de la personalidad humana; la facultad de poseer, disfrutar y usar las cosas o bienes o disponer de ellos es una "cantidad" que el individuo se apropia, sustrayéndola a sus semejantes.

Si quedase alguna duda acerca de mi afirmación de que el derecho de propiedad (función social) no es un derecho individual o libertad propiamente dicha, me basta recordar que, tanto aquel derecho, como todos los que atañen a la facultad de contratar, comprar, vender, etc., tiene su régimen de legislación civil y penal con sus procedimientos y garantías propias. Así, existe una profusa y minuciosa legislación que defiende la propiedad con mucho mayor ahínco que a todos los otros derechos individuales juntos, hasta el extremo monstruoso de que un hombre puede apoderarse de otro sin que su acto reporte sanción penal efectiva, pero si en lugar de apoderarse de él íntegramente se apodera de su sombrero, por ejemplo, va a la cárcel, con toda seguridad. Por eso sería innecesario y absurdo el Habeas Corpus aplicado a los bienes.

Es evidente la aberración individualista-capitalista de que adolece nuestro orden jurídico siglo XIX, prestando mayor atención a las cosas que a las personas, como resulta de lo dicho y, entre otras extravagancias, de haber armado al propietario de un bien con acciones sumarisimas de retener o de recobrar, pero no ha establecido procedimiento semejante alguno para que cada hombre retenga o recobre la integridad de su ser fisiológico, moral, social y político.

Podría decirse que el Habeas Corpus es, en orden a la integridad de la persona humana, lo que el interdicto posesorio en orden a la propiedad inmueble y hasta puede afirmarse que el Habeas Corpus es, en realidad, un interdicto, de retener unas veces, y otras de recobrar la libertad personal, si se admite la doctrina que vengo desarrollando sistemáticamente.

Entre otras ventajas, esta comparación demostrativa ofrece la de poner en evidencia que el Habeas Corpus no es un recurso, sino una acción, como han sido siempre los interdictos de retener o recobrar la posesión de bienes raíces.

Es interesante observar que los interdictos posesorios han sido siempre calificados de acciones y a nadie se le ha ocurrido llamarles recursos, no obstante ser opuestos muchas veces a los actos de autoridad que vulneran el derecho privado de los particulares sobre el suelo. El Habeas Corpus es, como procedimiento, de una estructura jurídica análoga a los interdictos posesorios, pero, a diferencia de éstos, tiende a asegurar la posesión del individuo sobre sí mismo, lo que le da una significación social y hasta filosófica mucho más alta y trascendental e incluso de mayor urgencia.

Resulta así reconocida a los interdictos posesorios una superioridad jerárquica, dentro de la clasificación procesal negada empínicamente al Habeas Corpus que ampara la libertad de los individuos; de tal modo, que este rasgo de la fisonomía jurídica conservada por el siglo XIX sobre el significado de un síntoma revelador de que aún está por hacerse la rectificación constructiva sobre la cual se asentará el nuevo derecho.

En balde se habla de humanismo en las cátedras de filosofía y serán estériles todas las efusiones kantianas que afirman, en teoría, una libertad metafísica, limitada al claustro inviolable de la conciencia, si no se comienza por rectificar con claridad y firmeza el preconcepto jurídico secular, mantenido por el liberalismo del siglo XIX aun en medio de la sonora declamación libertaria puramente sentimental.

Para establecer el verdadero carácter de la libertad del individuo, es indispensable realizar la previa discriminación de los aspectos formales y objetivos que esa libertad reviste, depurándola de todas las mezclas extrañas a su naturaleza, como son los derechos de índole patrimonial, que se refieren a los bienes o cosas.

El sistema jurídico del siglo XIX es contradictorio y frecuentemente anula el valor teórico de las declaraciones, reduciéndolas a simples fórmulas de aspiración idealista.

Ejemplo: la inalienabilidad e inviolabilidad absolutas de los derechos del hombre; las cuales, por extremosas y absurdas, resultan imposibles y contraproducentes, como lo prueba luego la necesidad de acordar y hasta de subordinar la mayor parte de tales derechos al interés social, que sólo se concilia con la verdadera libertad, es decir, con aquellos derechos individuales que aseguran, en la medida que corresponde, el logro de los legítimos fines del individuo.

No es difícil rastrear, entre la frondosidad doctrinaria del liberalismo jurídico en trance de caducidad inminente, la tentativa de una separación fundamental entre los verdaderos derechos individuales y los que se refieren al patrimonio. Basta para ello, recordar que, no obstante la insistencia con que se declara inviolable la propiedad privada, cuida el Estado de reservarse la facultad de expropiar, con propósitos de utilidad pública, lo que vale tanto como negarle prácticamente al derecho de propiedad el carácter esencial de un verdadero derecho del individuo, inherente a su condición de persona, tal como lo quiere el derecho natural que sirvió de fundamento filosófico al sistema.

En efecto, no sería posible expropiar el objeto o contenido de los verdaderos derechos individuales que integran la libertad personal, porque sólo son expropiables los bienes y de ningún modo la "facultad de hacer" que esos verdaderos derechos acuerdan. La limitación constitucional o legal que fija la medida de los derechos individuales en nombre del interés de la sociedad cuando llega a producirse conflicto entre ella y el individuo, no se parece en nada a una expropiación, sino que se convierte en el encauzamiento obligado y necesario de energías particulares, haciéndolas concurrentes cada vez que tiendan a ser divergentes y antisociales.

Cuando se consagre definitivamente la caracterización de los verdaderos derechos individuales constitutivos de la libertad personal, se desvanecerán todas las dudas acerca de la extensión del Habeas Corpus y a nadie se le ocurrirá aplicar esta preciosa garantía en favor de los bienes o de sus propietarios, poseedores o usufructuarios.

El proceso del Gamonalismo

A partir de nuestro próximo número reanudaremos la publicación de nuestro Boletín de Defensa Indígena. Las protestas y denuncias que componen el material con que contamos, por ahora, para esta sección corresponden a fechas atrasadas, de suerte que requieren confirmación por parte de los interesados.

PENSADORES DE LA RAZA

EL ESFUERZO

POR RAFAEL BARRET

La vida es un arma. ¿Dónde herir, sobre que obstáculo crispamos nuestros músculos, de qué cumbre colgar nuestros deseos? ¿Será mejor gastarnos de un golpe y morir la muerte ardiente de la bala aplastada contra el muro, o envejecer en el camino sin término y sobrevivir a la esperanza? Las fuerzas que el destino olvidó un instante en nuestras manos, son fuerzas de tempestad. *Para el que tiene los ojos abiertos y el oído en guardia, para el que se ha incorporado una vez sobre la carne, la realidad es angustia. Gemidos de agonía y clamores de triunfo se oyen en la noche.* Nuestras pasiones, como una jauría impaciente, olfatean el peligro y la gloria. Nos adivinamos dueños de lo imposible, y nuestro espíritu ávido se desgarró.

Poner el pié en la playa virgen, agitar lo maravilloso que duerme, sentir el soplo de lo desconocido, el estremecimiento de una forma nueva: he aquí lo necesario. *Mas vale lo horrible que lo viejo. Mas vale deformar que repetir. Antes destruir que copiar. Vengan los monstruos si son jóvenes. El mal es lo que vamos dejando a nuestras espaldas. La belleza es el misterio que nace.* Y ese hecho sublime, el advenimiento de lo que jamás existió, debe verificarse en las profundidades de nuestro ser. Dioses de un minuto, qué nos importan los martirios de la jornada, qué importa el decenlace negro, si podemos contestar a la naturaleza: ¡No me creaste un vaso!

Es preciso que el hombre se mire y se diga:—Soy una herramienta. Traigamos a nuestra alma el sentimiento familiar del trabajo silencioso, y admiremos en ella la hermosura del mundo. Somos un medio, sí, pero el fin es grande. Somos chispas fugitivas de una luminosa hoguera. La majestad del Universo brilla sobre nosotros, y vuelve sagrado nuestro esfuerzo humilde. *Por poco que seamos, lo seremos todo si nos entregamos por entero.*

Hemos salido de las sombras para abrazarnos en la llama; hemos aparecido para distribuir nuestra sustancia y ennoblecer las cosas. Nuestra misión es sembrar los pedazos de nuestro cuerpo y de nuestra inteligencia; abrir nuestras entrañas para que nuestro genio y nuestra sangre circulen por la tierra. Existimos en cuanto nos damos; negarnos es desvanecernos ignominiosamente. Somos una promesa; el vehículo de intenciones insondables. Vivimos por nuestros frutos; el único crimen es la esterilidad.

Nuestro esfuerzo se enlaza a los innumerables esfuerzos del espacio y del tiempo, y se identifica con el esfuerzo universal. Nuestro grito resuena por los ámbitos sin límite. Al movernos hacemos temblar a los astros.

Ni un átomo, ni una idea se pierde en la eternidad. Somos hermanos de las piedras, de nuestra choza, de los árboles sensibles y de los insectos veloces. Somos hermanos hasta de los imbéciles y de los criminales, ensayos sin éxito, hijos fracasados de la madre común. Somos hermanos hasta de la fatalidad que nos aplasta. Al luchar y al vencer colaboramos en la obra enorme, y también colaboramos al ser vencidos. El dolor y el aniquilamiento son también útiles. Bajo la guerra interminable y feroz canta una inmensa armonía. Lentamente se prolongan nuestros nervios, uniéndonos a lo ignoto. Lentamente nuestra razón extiende sus leyes a regiones remotas. Lentamente la ciencia integra los fenómenos en una unidad superior, cuya intuición es esencialmente religiosa, porque no es la religión lo que la ciencia destruye, sino las religiones. *Extraños pensamientos cruzan las mentes. Sobre la humanidad se cierne un sueño confuso y grandioso. El horizonte está cargado de tinieblas, y en nuestro corazón sonríe la aurora.*

De "Crímen en San Francisco"

POR LUC DURTAİN (1)

I

—Tenga Ud. joven. ¡Maravilloso! Observe Ud. los bigotes de los monstruos: se puede contar los pelos.

Ralph se sobresaltó como cogido en falta por uno de sus jefes en el Banco. Desde hacía algunos minutos se encontraba paralizado por un sueño vacío y singular: cautivas las miradas en el horizonte lanoso del Pacífico como las patas de un insecto en el vellón. Así, no había prestado atención a la vaga forma femenina que, a su izquierda, acababa de inclinarse sobre una especie de larga-vista: el TELESCOPE PUBLIC, 5 CENTS, que orna la terraza de Cliff House. Ralph no se había servido nunca de este aparato, aunque desde hacía años hubiese mirado cien veces desde la costa esas rocas pobladas de leones marinos que son, para sus visitantes, una de las curiosidades de San Francisco. El hombre del telescopio se volvía en ese momento hacia él con un no sé qué de severo, de policial, tan frecuente en los Estados Unidos en cualquier comercio: pareciendo medir las facultades pecuniarias del cliente y de instante en instante, pedirle cuenta del tiempo que empleaba en revelarlas. ¿No es un insulto respirar cerca de una mercadería sin quererla y un deshonor no poder sacar la plata del bolsillo? Obedeciendo a una de las leyes no escritas de su país, Ralph se inclinó a su turno, sin mirar a la desconocida, sobre el binóculo que ésta acababa de dejar libre.

Al principio, nada: oscuridad. El novicio había puesto mal el ojo. Después una claridad al final del tubo: espacio luminoso e indistinto. Ralph no había tenido tiempo de descubrir que había apuntado al cielo cuando, caída vertiginosa, un movimiento brusco del larga-vista, lo condujo a una superficie minuciosamente plisada, cintilante y móvil: el Océano.

—Maniobre lentamente, dijo la voz del hombre del telescopio, tan imperiosa como los "conducid lentamente" que se leen a la entrada de los parques.

Otra voz, más dulce:

—Allá. Alce un poco. Eso es.

El joven tuvo la impresión de chocar con la roca blanca e irregular, leche cortada, ennegrecida abajo por las olas: a tal punto la proximidad le pareció asombrosa. Las gruesas masas rugosas, desfilaban al alcance y aún al contacto de su mano. Ralph comenzaba apenas a controlar sus nuevos poderes, cuando surgió lo que buscaba: un "monstruo", tan inmediato, tan viviente que parecía nacer de él mismo, de Ralph F. Sexton, hombre sin embargo y además, ciudadano americano.

Un cuerpo de superficies onduladas, enorme, gordo y resbaloso, tan informe que semejaba, más una víscera que un animal, casi obsceno, a tal punto aparecía turgente, repleto de materia, dormitaba pesadamente aban-

donado sobre la roca. A su lado otro león marino, completamente igual, con su pelaje hispido, todavía mojado, rampaba sobre sus muñones con una grotesca agilidad. El animal se detuvo, volvió la cabeza, parpadearon sus ojos y el observador tuvo la impresión de ser espiado a su vez, a pesar del octavo de milla que lo separaba del islote. El cuello singularmente grueso y flexible, tendía con una extraña rigidez un craneo chato, sin pensamiento, cuya línea fugaba hasta la punta de un hocico guarnecido de bigotes amarillos. Se podía, en efecto, contar los pelos. Esto era una certidumbre.

Quizás Ralph se hubiera dedicado a esta aritmética, si el marroquín negro de la boca no se hubiera abierto, bajando una corta mandíbula y levantando un ángulo agudo, marcado de palpitanes vírgulas por las narices. La imagen de un ronquido brutal fué tan visible que el joven no solo creyó escucharlo a través de los cristales, vecino, inmediato, sino que se sintió participar en él. ¿Cómo, por qué prodigio, "un hombre eficaz, cerebro y poder" (tal era la noción de sí mismo en la cual Ralph creía con mas complacencia) puede por algo de este mundo suponerse presente en un animal? ¿Qué parte de su ser podía expresar este bramido? ¡Absurdo!

El león marino cerró la boca. Brillando bajo el craneo liso, sus ojitos miraron al fondo del alma del joven con tal fijeza que este sintió que se ruborizaba.

—Este es Presidente Wilsson, dijo con énfasis el vendedor de proximidad. Lincoln y Mac Kinley estaban ahí hace poco. Mac es el mas grande, pesa mas de mil libras. Estos animales emigran a las islas Farallone, particularmente, (el hombre bajó la voz) en la época del celo. Hace veinte años, se veía hasta trescientos juntos. Disminuyen de número. Tienen miedo de los vapores. La caza está estrictamente prohibida.

Bruscamente cambió de tono: otros curiosos se acercaban.

—¡Telescopio que aumenta cincuenta veces! ¡Los leones marinos a una yarda! ¡La curiosidad más grande del Pacífico!

Ralph retiró su mano del cilindro duro y derecho que le salía de la cara. Ignoraba que, en ciertas estampas japonesas, el artista ha pintado sexos monstruosos sobre la frente de los amantes: sin embargo, fué con el sentimiento de volver a la decencia como recibió nuevamente en el rostro, con el perpetuo soplo frío del Pacífico, la visión de la inmensidad, cielo y mar. Los tres peñones de focas, que habían retrocedido de un salto a quinientos metros de distancia, no mostraban sino como detalles casi imperceptibles, del tamaño de huevos de hormigas, los cuerpos de los animales. Entre tanto, mas allá, tres o cuatro grandes navíos, de la China o de Australia, abatiendo sus humaredas hacia tierra, se dirigían a la estrecha entrada de la bahía sanfranciscana: la Puerta de Oro, umbral de la América.

Como desconfiando de las sugerencias del espacio Ralph se sintió feliz de en contrar otra vez a su izquierda un paisaje mas familiar (igual que cuando uno toca con la mano su pipa y su cortaplumas en el bolsillo). En la perspectiva de la ribera, hasta donde se perdía la vista, el boulevard del Océano: separado por una playa de arena y una zona de espuma de esas olas mucizas, de tres millas de largo, que arriban del horizonte. Detrás del boulevard, la extremidad del continente americano: siluetas de usinas, bloques de villas, verduras del Park, dominadas por las alas de los molinos holandeses, andamios de Scenic Railways, techos, kioscos, reclames. El lugar de diversiones populares, donde tantas veces como hoy había venido el sábado en la tarde. Todo un paisa-

(1) Luc Durtain no es, seguramente, tan conocido ni estimado como Paul Morand por la gente de letras de Hispano América. Señal de que los descubrimientos de la gente de letras no se anticipan demasiado a los del público. Luc Durtain, poeta y novelista notable, no ha industrializado su ingenio. Desde "Douze Cent Mille", "La Source Rouge" y "Ma Kimbell" su presencia en la literatura francesa, se ha hecho, sin embargo, demasiado evidente. René Lalou escribe, a propósito del último libro, "Quarantieme Etage", que "cada libro de Luc Durtain quiere ser a la vez una obra de arte y una conquista del mundo".

Las páginas que traducimos para los lectores de "AMAUTA" forman parte, precisamente, de este libro, magnífica conquista de Estados Unidos, lograda en tres novelas. De su excursión por el alma, el pueblo y la naturaleza de Yanquilandia, Luc Durtain regresó a Francia con estas tres novelas y varios hermosos "poemas norte-americanos". De su viaje a Rusia, con George Duhamel, hay derecho para esperar análogas captaciones. En la maleta de Luc Durtain, que no es un profesional del arte cosmopolita, viaja siempre una nueva "conquista del mundo".

je abreviado por la bruma, achatado por la altura del viento intenso.

Mientras tanto, un obstáculo. A dos pasos de Ralph, detenida junto al parapeto, un ejemplar de la otra especie de humanidad: la mujer joven que hacía un instante le había presentado el lente. El ser temible, armado de atributos: senos y ancas anchas, en las cuales sería indecente detener la mirada, contemplaba o fingía contemplar el horizonte marino con extremo interés. Hay que percibir sumariamente el cabo que se va a voltear. Ralph supo que la mujer era alta, bruna, con uno o dos años más que sus veinticinco años. En su rostrio un poco largo, sembrado aquí y allá de ligeras manchas, dos peligros de tropezar para un vehículo masculino: una sonrisa, superficial, encantada de sí misma y, al rededor del ojo verde, una ligera lividez.

Ralph iba en cuatro pasos a franquear, a evitar esta mujer. Aparte de algunos flirts en la escuela y al margen de los negocios, Ralph, como muchos americanos de su edad, no había conocido aún la unión de los sexos. Ninguna colisión todavía, ni sobre el terreno preparado de los lechos ni en otra parte. El joven no se representaba sino con horror la posibilidad de semejante catástrofe. ¿El amor físico? Choque horrible, engranajes que se penetran los unos a los otros, luego el neumático reventado, yaciendo en el lodo. Amor, goce de perros, sucia cosa controlada por los médicos, interdicta por los jueces. Ralph, sin conocerla, la había rechazado. Abreviación. Simplificación. Nada más que ocho o diez interdicciones anonadando por ejemplo no sólo el llamado de los sexos, sino el alcohol, el pensamiento individual, las naciones no virtuosas, las marcas de cigarrillos o de automóvil distintas de las que vosotros honrais con vuestra elección, bastan para limpiar de obstáculos vuestro camino y para dar a vuestros actos toda facilidad, toda prontitud. Una serie de amputaciones de esta clase, unida á la práctica asidua del fool—ball o del golf, crea un admirable tipo de hombre, mandíbulas apretadas, mirada clara, extrictamente superficial, gestos decisivos. Poco importa que al decir de los maldicientes, este hombre no tenga ni vértebras ni entrañas. Aún si su secreto es el del vacío ¿no es hermoso ver bajo el Sol una nación casi enteramente compuesta de individuos que tienen una respuesta para todo: provistos en toda materia de esa certidumbre a la cual, los mismos hombres de genio, no saben llegar?

Acaso la desconocida había ya frecuentemente sufrido—sus párpados lo dejaban suponer—la catástrofe, después de la cual las máquinas humanas circulan, según parece, tan bien como antes. Ella reflexionaba con un aire serio, mordiéndose los labios. En un segundo encontró su resolución.

—¿Sabe Ud. donde están los jardines de Sutro? preguntó al joven cuando pasaba delante de él.

Ralph se detuvo. No abrió la boca sino para una palabra. Señalando las pendientes que conducían a la ribera:

—Allá.

Ella insistió.

—¿Son jardines públicos, creo?

—Sí.

Las dos ligeras livideces, semejantes a ojos de carne, parecieron mirar al hombre fijamente con dulzura, en tanto que brillaban las pupilas impenetrables. Mientras tanto, está faz masculina de rasgos fuertes, nariz dura, boca firme, aunque con un hoyuelo de niño en la mejilla izquierda, frente guarnecida de cabellos sólidamente plantados; esta faz, se volvía ya; estas anchas espaldas, iban a alejarse.

¿Por qué una caja chata y redonda, atada con un hilo, que la desconocida llevaba bajo el brazo, se le escapó justamente en este instante? Por un azar, menos previsto que el primero, el objeto rodó por la pendiente del boulevard y saltó de la acera a la calzada, en medio de la cual, con una bella curva, se fué a acostar blandamente.

La mujer, con la mirada en su propiedad, alzó la mano y dió un paso. Iba a descender derecho de la acera. ¿Lo hubiera hecho o nó sin asegurarse de que la calzada estaba libre? Ralph se hallaba en estado de alegría, de decisión. Extendió el brazo delante de la desconocida y, con ese tono de maestro de escuela con el cual se dá en Norte América los consejos elementales:

—Seguridad, ante todo.

En el mismo momento, como una gruesa nube negra y silenciosa, un pesado automóvil pasó sobre el objeto.

Hay países donde la cortesía no tiene reglas sino reglamentos. Fué sin espontaneidad, hasta cierto punto administrativamente, y además con una agilidad esportiva, como el joven recogió la caja para el ser representante del sexo al cual se deben todas las cortesías.

Seis o siete pasos de ida y otros tantos de regreso, pues la desconocida no se movió. Tal vez el tiempo para ella de reflexionar de nuevo.

—Ud. me ha salvado la vida. Aturdidamente, yo soy tan aturdida, me arrojaba bajo las ruedas, cuando Ud. me ha detenido. Pensar que yo estaría triturada allá.... horrible. ¿Vuestro nombre, joven? ¿quién es mi salvador? quiero saberlo.

El se defendió.

—Oh, no es nada, no hablemos de esto.

Después halagado por el papel de estrella que jugaba en este episodio de cinema:

—Ralph E. Sexton de la North American Bank.

Luego recobró el tono de maestro de escuela.

—Es una propaganda realmente útil la de las manifestaciones por la seguridad. Quizá porque yo he marchado dos horas en la última, no ha sido usted aplastada.....

(Sí; dan una alta medida del pensamiento americano esos desfiles de decenas y a veces de centenas de millares de personas que avanzan alineadas bajo los letreros, repitiendo y pensando con toda su fuerza las principales verdades religiosas: "No queremos ser aplastados". O: "No escupiremos en el suelo". O: "No tocaréis nuestros alimentos con las manos").

En seguida:

—Así debe ser, dijo ella, Ud. ha salvado a Dorothy Tumbridge, de Duluth, Minnesota.

Abrió la caja.

—Le ruego que pruebe uno de estos CANDIES: verdaderamente, son de Ud.

Mezclas arbitrarias de menta y chocolate, de almendra y nuez de coco, al lado de las cuales las combinaciones de nuestros más mediocres confiteros, sujetas a reglas eternas, parecen representar las más sublimes cualidades del tacto y del gusto. La arbitrariedad, que entre los yanquis, coloca el queso sobre la tostada o un helado sobre una galleta, ha depravado los paladares. No hay necesidad para imponerlos de esos inmensos reclames de dibujo tímido que ofrecen horribles dulzuras tales como el O'Freddy o como los Richard Sweets: la gente sabe suficientemente extraviarse ella misma.

El hombre y la mujer se miraban, mascando a la vez ante la caja como ante una mesa improvisada. Un viento prodigiosamente amplio no cesaba de venir del más vasto objeto de la Tierra: el Pacífico, y las brumas del cielo tan pronto se espesaban, tan pronto entreabriéndose dejaban caer una claridad más precisa. El sombrero de cuero de la joven, la gabardina beige, las medias de seda, los zapatos a la mexicana: elegancia un poco corriente, de un tipo barato, pero nueva y neta. Lo que ella llevaba encima de masculino, hombros cuadrados, gestos bruscos, tranquilizaba la virginidad del hombre. El apoyó en la caja una mano casi tan grande, pero más delicada que la de ella y de uñas cuidadas.

—Desolado,—dijo sinceramente.

Ella lo observaba tomando sus referencias de manera más atrevida que él: la anchura, el cuello robusto, la laringe masculina que subía y bajaba delante de largos músculos oblicuos, el mentón bien afeitado, la nariz no dura

como la había visto al principio sino de alas temblorosas, dilatadas. Sensible a lo que había en él de certidumbre, ella saboreaba también su timidez, el rubor más pronto que el suyo. Tal como una mujer de Londres o de Estocolmo, al llegar a Italia se maravilla del tinte moreno y de la agilidad cálida del pasante que se acerca a ella como delegado por los palacios de mármol, las iglesias color naranja y los horizontes de zafir sobre los cuales se perfila: así Dorothy, la mujer del duro Middle West, resumía en el encuentro de este hombre las múltiples novedades de un viaje soñado desde los años de la escuela superior. Qué importaba que en este momento en Duluth, con un agosto tórrido parecido a la boca de un alto horno, se errase sobre un asfalto ablandado por el calor y se buscara en vano el abrigo de verduras polvorizadas. Aquí, en esta sorprendente península de San Francisco, el aire, es decir, la brisa de Pacífico, es igual en temperatura de un extremo a otro del año, acaso más fresca en verano. La mujer, pues, con el anacronismo de este frescor que a ella la obligaba a ponerse su gabardina y colgaba sobre los hombros de los paseantes el eterno sobre todo sanfranciscano, con la novedad del océano (a pesar de que la había decepcionado un poco: sin darse cuenta, ella habría querido ver en el horizonte las costas del Japón) se complacía de la manera de este hombre: algo de más fino, de más ligero que la de los hombres de Minnesota, la mirada más decidida alrededor suyo, una agilidad que irritaba su deseo.

—Yo suponía al Pacífico más verde. Con olas más altas. Se diría el Lago Superior, visto de Beaver Town.

—¿Deveras? ¿Tiene olas tan fuertes el lago?

—Claro. Tenemos verdaderas tempestades y naufragios con gruesas cifras de vidas perdidas. No solamente colisiones e incendios. Oh, se respira aquí el mismo viento, se diría.

—No debe haber el mismo olor allá. Aquí la brisa huele a esponja.

—¿A esponja? dijo ella asombrada.

No conocía sino las esponjas de caucho y se acordó de diversos objetos de toilette íntima; después, de un neumático roto durante una expedición con una amiga a Ashland. Viajaban sin recambio las imprudentes. Se habían ensuciado inútilmente las manos hasta que pasó un auto. Solícitos jóvenes trabajaron con esa conmovedora devoción sin recompensa que caracteriza ahí la actividad del hombre: las dos mujeres miraban de lo alto de una rambla, sentadas sobre las americanas de sus esclavos. Ella se vio en seguida, en un bosque cercano: los labios carnudos y vivientes del tercer gentleman, el que no bombeaba.

Dorothy palideció: el ronquido del león marino, que había resonado silenciosamente en Ralph, se hacía escuchar en ella, sin imágenes particularmente marinas.

Las alturas de Sntro tienen por ornamento un jardín público creado por una de esas fortunas que asumen en Estados Unidos los roles del Estado. El Dodge de Ralph depositó a los jóvenes en una magnífica avenida de palmeras. Dorothy no había conocido jamás este árbol sino en los conservatorios y en el cinema. Detrás de las palmeras tropicales completamente abiertas, creía ver mares poblados por bandidos y piratas, templos misteriosos y esos héroes simpáticos que van a descubrir en islas preñadas de peligros, las pruebas de la inocencia de su madre o de la pureza de su novia, sólidamente recompensados por innumerables dólares. El hombre que marchaba a su lado estaba como en su casa: a cada nueva mirada, la joven lo agregaba a sí mismo, creando una especie de multitud de imágenes movientes cuya caricia desean vagamente todas las Dorothy de América. En verdad, la espalda fuerte bajo el delgado sobre todo tenía gestos de *METTEUR EN SCENE*.... De otro lado, ¿acaso, porque la desconocida sonreía frecuentemente le pareció a Ralph, al cual se le había antojado al principio un poco vieja, bastante rejuvenecida cuando pasaron el enorme portal?

En seguida, después de que Dorothy hubo admirado la piscina, sus vastas pozas de agua fría y caliente, ambos se arrojaron en el tumulto de las diversiones amontonadas entre el parque y Sntro: se hicieron sacudir, chocar retornar, precipitar, soplar en la cara; cayeron en los abismos y se deslizaron sobre las cimas de las montañas rusas; se llenaron de confites y de helados. Ralph, por decencia, rehusó los "perros calientes", esas populares salchichas con mostaza servidas calientes en un pan abierto.

El automóvil rodaba ahora a lo largo del Océano por la Esplanada. La mujer embriagada respiraba el cielo, Ralph se ofreció a acompañarla a visitar el palacio de la Puerta de Oro, largo puente de verdura que el corazón de San Francisco tiende al Pacífico.

Entre los tamarindos secos enraizados en la arena, consumidos y cepillados por el soplo perpetuo de la mar aparecieron unos mástiles tras las rejas.

—El navío de la expedición de Admudsen. ¡Atrevido viaje!

—¿Naufragado aquí? preguntó Dorothy.

—No. Comprado muy caro. Y donado a la ciudad.

—Oh espléndido! dijo ella, conmovida a la vez por uno y otro excitante: el peligro y el dinero.

Los dos dejaron atrás rápidamente el caparazón de navío heroico, alfileteado como un coleóptero por las lantzas de las rejas. La viajera quería ver cerca estos curiosos molinos traídos de Europa, cuyas alas giraban al soplo del Pacífico.

Encima de las dunas y de los pinos, la gruesa torre terminaba redondeada en domo: una de esas abominables ideas que conciben las imaginaciones inexpertas, pasó por el espíritu del hombre que se ruborizó mucho.

—Se diría dos aeroplanos en cruz, dijo la mujer señalando las alas. ¿Polaco?

—Holandés, rectificó él, feliz de escapar a la obsesión por un detalle preciso de otro orden.

—Polonia es acaso, una provincia de Holanda, ¿no es cierto?

—Sin duda, dijo él, sacudiendo el canasto de sus recuerdos geográficos. A menos que no sea lo contrario, Holanda una provincia de Polonia.

Como dos sabios que discuten un raro fenómeno y no sin orgullo ven manifestarse en la discusión sus profundos conocimientos, así con cierto sentimiento de eruditos, evocaban los dos jóvenes americanos, la pequeña Europa lejana que había regido antes el globo: demasiado honrada ahora de que se ocupasen de ella en San Francisco.

Los hermosos paisajes del parque se aglomeraban entre tanto en el parabrisa que, no pudiendo contenerlos, los volcaba como un cuerno de abundancia de cada lado. El auto se deslizaba sobre ese maravilloso concreto cuyo lujo esparcen las rutas americanas a profusión sobre millares de millas: y surgían masas de follajes, se abrían valles salvajes, huían lagos inaccesibles. Sobre praderías apenas cercadas, rebaños de bisontes y de elks, antiguos poseedores del suelo americano, husmeaban un suelo que parecía todavía virgen del paso de los conquistadores. Mientras el jardinero francés se conduce como un déspota con el suelo y los árboles y mientras sutiles arreglos subsisten en el parque inglés, lo que necesita el americano, a algunos cientos de pasos de sus rasca-cielos, son trozos de naturaleza conservados salvajes, con su verdadera roca y su verdura intacta, fragmentos puros del continente. ¿Condimentos talvez de la civilización? En todo caso, belleza singular de las ciudades americanas.

El Museum. Macizas columnas egipcias bajo las pirámides del techo aplastante. El jardín japonés: es cómico ver las pagodas como sobre cajas de té. Más divertido es todavía subir sobre el puente en semicírculo. ¿No son los monumentos grandes objetos destinados, como las atracciones de las exposiciones, a haceros mover de manera extraña, a haceros girar la nuca, para sorprender su secreto? Si penetráis, hay que voltear a derecha, a izquierda, o trepar sobre gradas. He ahí la Arquitectura.

Ralph, se sentía deslizar, poco a poco, en una dirección inquietante. La cara de Dorothy comenzaba a devenir un fondo completamente normal. Ralph se recuperó con un esfuerzo, y con un aire despreocupado interrogó a la joven. No, ella no tenía necesidad de que la regresaran a la ciudad. Prefería permanecer, visitar el conservatorio. Ah, ¿habría música mañana en el Stand del Park? Ella vendría. ¿Y él?

El respondió de modo vago: decididamente turbado ante este ser portador de senos que a él le parecía hendido por el sexo, desde los talones hasta el mentón. ¿Qué cosa comenzaba a establecerse entre ambos? Ralph se acordaba en este parque de la historia del paraíso terrestre, ya con un poco de arrepentimiento.

Habían llegado delante de un coloso de bronce, una copia del "Pensador" de Rodin, colocado con bastante gusto sobre el suelo en un sitio donde afloraba una vena de piedra bruta.

Heroicamente desnudo, como lo es siempre el alma, sentado sobre una piedra estrecha que parece el último fragmento de un mundo destruido. Nó; no es sobre tal o cual cuestión que se inclina sino sobre el espantoso abismo que se abre más allá de todo problema. Con el brazo derecho, acodado sobre el muslo izquierdo, se curva potentemente: solo logra asir su propia rodilla, con el puño crispado, mientras que la otra mano entreabierta, vacía como una concha muerta, participa sin saberlo en el peso abrumador de la cabeza. Cabeza formidable, cerebro y hueso, ojos abiertos como bocas, dejando caer para siempre en el vacío lo que hay de más pesado en el mundo: la mirada.

No se le podía ocurrir al espíritu de Mr. Ralph E. Sexton que esta ansiosa imagen era la misma de su alma secreta y verdadera. Hablábamos de certidumbre; nó.... En el fondo de todo americano, las afirmaciones superficiales—huecas máximas sociales o pueril teología—¿no descubren cuando se las penetra deveras, una insatisfacción total, una inquietud grandiosa e ilimitada? Además, la actitud secreta del pensamiento es bastante parecida en todos los pueblos, pero solo a distancias muy desiguales de ella es que, en las diversas civilizaciones, saben establecerse las ideas comunmente adoptadas y manifestarse los actos. Distancia seguramente más grande en los Estados Unidos que en cualquier otra parte, y es ahí donde reside, entre todos los records del mundo que detentan los americanos, el más significativo.

—Un hombre demasiado grueso, creyó pensar Ralph. Un mal "tres cuartos" en juego.

La afiliada del MINNESOTA FEMININE CLUB, exclamó con una virtuosa intransigencia que la realzó mucho a los ojos de Ralph:

—Vergüenza! En Duluth, habríamos roto la estatua a martillazos. No precisa quitarse la camisa para pensar.

II

El lunes en la mañana, Ralph salió del Banco un cuarto de hora después de haber entrado. Dejaba tras él, con un perfecto desapego, no solamente las columnas dóricas del pórtico, sino todo el establecimiento "americano de nombre, de espíritu y de propiedad": las enormes bañeras de cobre, los plafonds artesonados, las mesas desnudas y limpias, ese aspecto frío de iglesia metodista, detrás del cual se acumulan y luchan las cifras y, de todas partes, a todos los pisos, resbalan frenéticamente por los tubos neumáticos, las cajas de cuero conteniendo las notas de servicio, correspondencia y moneda. Abandonaba también sin pena la cara exclusivamente social del director, Mr. T. S. Tawison, eficaz y neta a la manera de un cheque, sonriente como una cuenta acreedora. Una de esas caras convencionales tras las cuales son ciertas, sin embargo, las geniales invenciones químicas y las tu-

chas atrevidas de las células y, en los tubos de las arterias, los glóbulos rojos de una sangre que, desprovista de pudor, va a todas, a todas las regiones del cuerpo.

Mr. Tawison había dicho simplemente:

—Entendido. Le deseo buenas vacaciones.

Diez días de libertad. Ralph dejaba a los rayos tibios, mezclados de buen viento fresco, inundarle el cuerpo, en tanto que se dirigía hacia el garage. Seguramente, en ese momento, en la espesura de la California, del lado de Mariposa o de la Villa de los Ahorcados, un cielo ardiente debía petrificar los campos antes devastados por los surcos de los buscadores de oro, o abrumar en el valle de Santa Clara, a los recolectores de frutas: la fruta, el oro anual que se levanta solo de la tierra. No era el caso de ir al interior como en otoño. Entonces, ¿por qué no la excursión soñada desde hacía años: descender a lo largo de la costa hasta los Angeles?... Groseras y vanidosas, verdad, las gentes de la ciudad rival e incapaces de elevarse a la distinción de los sanfranciscanos, pero, después de todo ¿no es también una ciudad californiana y propiedad americana?

Era verdaderamente una iluminación esta idea de vacaciones. Le había atravesado el espíritu la vispera en la noche, en el momento de separarse de Dorothy después de haberse encontrado—por azar—en el Stand y haber cenado juntos. Sin saber bien lo que iba a decir, él se había ofrecido a la joven para mostrarle California antes de que ella partiera para Washington. Se pasearían con el querido Jerry y el íntimo Philip. Pero Ralph no había telefoneado ni a Jerry ni a Philip.

Aquella "a la que él había salvado la vida" no tenía ya cuando él la volvió a ver esta mañana ni la efusión del primer día ni la reserva en la cual se había atrinchado de modo irritante cuando su paseo después del Stand. Una mezcla de confianza y de intimidación. Cold cream sobre sus rasgos; pero los labios, tocados con un poco de ROUGE, sabían tomar pronto un acento tan vivaz! Ella lo mandaba como un suboficial a un recluta. Y dócilmente él obedecía. El mismo ciudadano que, en los conflictos de los negocios, lucha con independencia, con ferocidad, no se siente, fuera de su despacho, satisfecho sino cuando obedece en forma pasiva a las dos potencias de América: el policeman y la mujer.

Permanecerían primero tres días en San Francisco: así decidió Dorothy, apesar de la prisa de Ralph por evadirse. Ella le hizo en seguida trazar todo un programa. Miraba de arriba a abajo, como en la rambla de Ashland. Aceptaba o declinaba guiñando los párpados. A veces las ligeras manchas de su rostro parecían remontar el vuelo en una sonrisa. O bien, inclinando la cabeza, recibía en ella los proyectos del hombre con una especie de ardor.

Esta mañana el auto rodó primero hacia el Norte de la ciudad, Marina Park. El margen habitual de las ciudades del Oeste: vastos territorios, cuadrículados por calles futuras, donde los blocs marcados ya por las aceras de cemento, exhiben aquí y allá los affiches de los especuladores de terrenos: los "mercaderes de realidad" como se les llama. Esta especie de paisaje produjo en los dos visitantes un enérgico placer. Era algo más que nuevo. Era lo que está todavía por construir. Cerca de la bahía, un aerodromo con aviones de alquiler. ¿Quería Miss Tumbrige volar sobre la Puerta de Oro? El aire se había tornado de pronto frío, el viento áspero y el agua del estrecho, sobre la ribera del cual se elevaban las formas brumosas del Tamalpais, parecía terriblemente negra y profunda: Dorothy se sintió súbitamente mujer para rehusar con un estremecimiento.

Detrás de una sábana de agua durmiente, donde crecían los juncos, se alzaban un arco de triunfo, columnatas corintias, pórticos. Ruinas bárbaras, grandiosas como templos sicilianos. No faltaban sino los búfalos y la mataría.

(Pasa a la página 74)

(VIENE DE LA PAGINA 28)

—Los restos de la Exposición de 1925. Me fastidia mostraros estas viejas cosas. Se les va a demoler.

En una América siempre nueva, donde una construcción es reemplazada, mucho antes de su caducidad, por otra más grande, Dorothy no había visto nada que le pareciera tan antiguo.

—Pienso que Roma es así.

Quiso golpear un pedestal de yeso, tirar de una lona que se desgarró en su mano.

—Construcción barata,—dijo.

Pero el parque del Presidio no tardó en mostrar sus cuarteles, sus hospitales limpios y netos, colocados como unas gorras sobre los prados. Anchos terrenos de golf, que terminan abruptamente en la ribera, caen en las olas sublimes: última grada de la América visitada sin cesar por las proas que vienen del más antiguo al más nuevo de los continentes. El estrecho de la Puerta de Oro, que abre al Pacífico la puerta y la bahía de San Francisco, aparece ahí en toda su longitud: río marino que el Sol, empresario de alumbrado del cielo americano, remonta cada tarde, arrojando a las olas y a las nubes, el oro ganado en toda su jornada de trabajo, para regresar a los países donde torna a ser un dios.

Miraban los palos blandidos por los jugadores, los saltos de la bola.

Una maravilla, las líneas de casas de estilo colonial o estilo misión, detrás de las palmeras o los zarzales de cactus: techos de tejas rojas casi chatos, domos hispano-moriscos, pilastras y chimeneas monumentales. Largas calles de fantasía, aquí y allá suspendidas por la ciudad de las cien colinas. El verdadero excitamiento se produjo cuando Ralph frenó de golpe delante del cable de un gran tractor: sobre ruedas de madera, remontando una pendiente bastante empinada, avanzaba por enmedio de la calle una casa. Ventanas cerradas, stores bajos; a través de los encajes se adivinaban los muebles en sus sitios, los grabados colgados de los muros. Sobre el tractor se leía "Compañía de Transporte de Casas".

—No tenemos esto en Duluth.

Y la mujer de Middle-West, miró al californiano con respeto.

¡Qué no vieron en dos días! El puerto, docks repletos, aglomeración de proas, chimeneas, toldos, cordajes, mástiles, a través de las cejas de Dorothy hasta su nuca afeitada; el Centro Cívico (prado donde mujeres en pantalón juegan con el pié a la pelota) bordeado por la enorme masa de la Biblioteca, del Auditorium que semeja una estación y del City Hall, falsa cúpula de los Inválidos, izada sobre una falsa columnata de Mansard; la Misión Dolores, humilde y sólida capilla de piedra de los tiempos españoles (¿QUÉ PROGRESO HASTA LOS BUILDINGS, exclamaron los dos juntos); y los buildings, precisamente, en los barrios de los negocios: los unos hinchados como cajas fuertes, otros jaulas de cristal y de acero, algunos que danzan, desnudos, coronados de guirnalda, otros fortificados de almenas, otros lisos, tensos, que apuntan no se sabe qué en el cielo. Tras una plaza cargada de palmeras magníficas, bancos ocupados por BUSSINESMEN que van a respirar ahí un instante, la fachada del hotel "Mammouth" a la cual se había ligado años atrás, una "ballena de escándalo": aquella historia que había hecho tanto ruido hasta más allá de Duluth mismo, gentes de cinema, alcohol, violación, asesinato. Y Chinatown, pagodas y bazares donde, oro sobre rojo, negro sobre blanco, los caracteres orientales trepando derecho e invadiendo toda superficie vertical u horizontal hormiguan, más bien filas de insectos que marcas humanas; mujeres con kimonos bordados de flores; comerciantes con pantalones de seda que os llaman con un acento silbante cual si también las sílabas pudieran ser rasgadas como los ojos, agudas como las miradas.

En la noche, regresaban a pié, cuando ella dió el nombre de su hotel a un taxi.

—Esperad aquí—dijo ella a Ralph descendiendo.—No puedo recibir a un hombre en mi cuarto.

Diez minutos después reaparecía en el umbral con una pequeña maleta en la mano. A juzgar por sus maneras netas y cortantes, parecía haber tomado no se sabe qué decisión. Dió al chofer una dirección que Ralph no entendió.

El joven, petrificado, no pudo articular una palabra en todo el trayecto. Dorothy hasta entonces, no había cesado de guardar una perfecta reserva: ¿iba ahora a abusar de él?

El taxi, en efecto, se detuvo delante de otro hotel.

En tanto que el portero tomaba de manos de su compañero el ligero equipaje, ella inscribió en el registro:

"Mr. y Mrs. John Fergusson, de Sacramento."

Un latino se figura que el ascensor que lo eleva al lado de una mujer, hacia alcobas fáciles de cerrar y solitudes horizontales, es algo como el ascensor del Paraíso. No le ocurría lo mismo a Ralph. En el primer piso, le pareció que la jaula rápida, atravesaba no un pavimento sino los duros artículos de las "leyes azules" que salvaguardan la virtud americana: dos o tres años de prisión por usar una mujer sin ser su esposo, tal es la tarifa. El segundo piso fué para Ralph de naturaleza bíblica: epístolas de San Pablo, Decálogo. El tercero, medicina, microbios con gorra y recién nacidos con trazas de enfermeros. Es difícil decir si Ralph pasó verdaderamente el tercer piso antes del cuarto. Tan grande fué su desorden interior que se sentía, por decir así, regresar, descender, a medida que se elevaba. En la agonía de su terror, sonrió sin pensar al negro del ascensor como si se hubiera tratado de un hombre verdadero: hubiera sonreído lo mismo a un perro o al último de los hombres, esto es a un individuo que no supiera inglés.....

Cuando abrió la puerta del cuarto para dejar pasar a Dorothy, le pareció volver la página de un diario. La página 35 de su CALIFORNIAN DAILY NEWS, al reverso de la cual está la sección más leída después de la de la bolsa: los escándalos. Condenas por inmoralidad, proceso de divorcio, seducción de esposos, ruptura de promesa, corazón destrozado. Por un instante Dorothy volvió a ser para Ralph la desconocida de cuatro días antes y se imaginó ver en ella una virtuosa del chantaje o una POLICE-WOMEN que iba a sacar su carnet y arrestarle.....

¡Oh! cabreros y pastores de Sicilia, mecanógrafos y obreras de París que os amáis tan naturalmente, los unos bajo los olivares, los otros en vuestras buhardillas, cómo una alta y púdica civilización sabe perfeccionar vuestros gestos ingenuos! ¡Que algún día pueda invadir toda la Tierra y los rayos del Sinaí, los tribunales y el treponema pálido ocupar el pensamiento de los amantes!

La puerta cerrada tras ellos, Ralph permaneció inmóvil, con la maleta en la mano.

—Dejad eso, ordenó la mujer.

Ella ciega esperanza, la esperanza del condenado que, con la cabeza en el filo de la guillotina, espera todavía que no funcione la palanca, atravesó el alma del desgraciado. Tal vez Dorothy le agradecería. Pero no, ella comenzó a desvestirse con tranquilidad y seriedad.

Y bien, derrepente, lo que gobernó a Ralph no fué más el americano disciplinado. Tengo vergüenza de decirlo, no sé cual íntimo "piel roja" (danzando con o sin scalp) tomó el comando.

Ella se había extendido sobre la cama. Cien películas habían educado a Ralph, quien no pudo ni acercarse sus labios a los labios femeninos. Pero un poco del sadismo del niño persiste en el hombre mejor educado: su beso intentó forzar esta barrera cerrada. Ella volteó la cara con una mezcla de pudor, de repugnancia y de higiene y se echó totalmente de espaldas.

III

El amor, juego viscoso, casi intestinal. Menester, sin embargo, sportivo, con un lujo de movimiento. ¿Era ver-

daderamente un placer este desgarramiento supremo desde el tobillo hasta la nuca?.... Ralph pensaba en todo esto de manera confusa, sin palabras, con retazos de recuerdos dotados de un poder interrogativo, esperando afectar definitivamente esta realidad nueva con un MAS o un MENOS, según un hábito de cuya legitimidad no sospechaba, y de colocarle en su crédito o su debe, en las ingenuas cuentas corrientes de su alma. Los viejos esquemas bíblicos, bien o mal, sombra o claridad, Ormuz y Arimán, han encontrado aliados imprevistos: el álgebra y su inocente compañera la contabilidad, como si las necesidades de clasificación de nuestro espíritu no fueran suficientes a asegurar su imperio.

Ralph levantó la cabeza. Con gran sorpresa, cuando se creía en lo alto de Market, se vió en Sutter Street, cerca de Jones. Había marchado dos millas sin darse cuenta, ocupado por su sueño. El cerebro, emplazado en la unión de los brazos enérgicos y del tronco, ¿no es entonces solamente una máquina de determinar los actos? Ralph pensó de pronto en que llevaba, en el ángulo de los muslos, haciendo PENDANT con la cabeza, otro centro de voluntad casi tan importante como ésta. Extraviándose su imaginación, el joven creyó a pesar suyo sentir que su rostro cambiaba su aspecto con el de aquel otro centro y bajó vivamente el borde de su sombrero.

Era demasiado. Ralph recuperó el control de sí mismo. Además, incontestable evidencia, un policeman pasaba: gorro chato, aire frío y duro. Por primera vez en su vida, Ralph se sintió mediocrementemente tranquilizado por la vecindad de la ley.

¿Se había tornado peor o mejor?—se preguntó de nuevo. Un singular trabajo debía haberse operado en él, pues esta vez no le pareció absolutamente que semejante pregunta comporte una respuesta cierta. Detrás de esta cuestión, confusamente, aparecían muchas otras como imágenes múltiples en espejos que se miran los unos a los otros.

Súbitamente, Ralph se sintió aislado, arruinado. Pensarse a sí mismo, es decir concebir ideas que no son válidas sino para sí mismo, ¿no es crear una especie de moneda imaginaria? En América, más que en ninguna parte, las verdaderas ideas de valor, aquellas consentidas por todos y aceptadas sin descuento por los demás, son oficialmente hechas por la multitud. A ellas les toca prescribir los sentimientos que clasifican en la estima pública, los actos solventes.

Pero esta inquietud no tardó en borrarse ante un fenómeno diversamente potente. En una de las calles trasversales que, perpendiculares a Sutter Street, cortan en bloques regulares sus 2.700 casas (es esta una calle de longitud ordinaria en San Francisco: Geary tiene más de 8.000 Nos), Ralph se puso a observar uno de los funiculares que le pareció.... ¿cómo decir? dotado de una alegría extraordinaria. Sí, este tramway tomaba la pendiente de su carrera con un gozo evidente. Y el cemento de las casas, a derecha y a izquierda, estaba ebrio de su tinte ocre, como de un vino blanco; este hotel que cargaba tan gallardamente sus cornisas dóricas, no podía ser habitado sino por personas felices. Este buen hombre que marchaba con dos o tres autos bajo el brazo como si la perspectiva hubiera sido de pronto dotada de realidad; esta miss que para subir a una acera hendía el aire con un talón que hubiera segado las Montañas Rocosas le aparecieron a Ralph como fragmentos de una verdad evidente y universal. Todas las formas bajo el cielo desbordaban a la vez una potencia parecida a la voluptuosidad, y de una misteriosa certidumbre....

Ralph caminaba todavía. Se encontró bien pronto en el barrio de los negocios.

Al principio dos grandes buildings, uno gótico coronado de balaustres floridos, el otro rectilíneo y cúbico tocado de almenas, por el dorso de los cuales rampaba el zig zag de las escaleras de seguridad. Ambos se lanzaban del corazón de Ralph hacia el cielo, los dos caían del zenit a sus pies. Un poco más lejos, otro imponente aspecto: encima de una torre de fachadas abul-

tadas, los flancos de altos edificios, WELLS FARGO BANK, UNION TRUST anunciaban con letras gigantescas las cajas fuertes de sus sótanos: plantadas profundamente en el suelo, razones inquebrantables.

Ralph se encontró de pronto en medio de masas de flores: los vendedores de San Francisco pueblan, aquí y allá, las aceras. Por acostumbrado que estuviera a este espectáculo, Ralph se sobresaltó, sumergido hasta el pecho entre ramilletes amarillos, blancos, rojos. Recordó prudentemente lo que dicen los botánicos de los elementos masculinos y femeninos de las plantas y, luego, súbita e involuntariamente, con horror, se sintió asaltado por estos órganos de hábitos extraordinarios. Tuvo miedo y huyó.

El resultado de estas emociones, de estas complicaciones y de cien más en las cuales se vió hundido, envuelto y liberado, fué una certidumbre. Había seducido maliciosamente a una joven: debía una reparación. Entró donde un joyero y firmó un cheque. Anillo de bodas. Cuando regresó al hotel, con un ligero estuche y, una frase laboriosa, la "víctima" completamente vestida, inclinada delante del espejo se ponía un poco de ROUGE.

Ella lo miró de la manera más ordinaria.

—¿Buen tiempo, no es cierto? le preguntó.

No parecía haber pasado nada entre él y esa persona amistosa y reservada. Lo mismo que las parejas arriban de buena gana en Norte América, sin la menor caricia previa, al acto del cual no se habla, lo mismo, en seguida, nada en las maneras de la mujer ni en las del gentleman, aunque se encuentre solos todavía, debe revelar que la cosa ha pasado ni ha sido posible un solo instante.... Se levanta uno pronto ¿Por qué demorar? Y un momento después, con la ayuda del eterno YOU, no ha existido nada. No hay que conmovirse porque un cerrajero ha puesto la llave en la cerradura.

Ralph dejó escapar todavía, tres o cuatro veces, durante los paseos del día, la ocasión de ofrecer el estuche que le inflaba generosamente el bolsillo. La noche, Mr y Mrs Fergusson subieron de nuevo sus pisos en un ascensor, que, a los ojos del hombre, se mostró mucho más normal.

En tanto que Dorothy, de nuevo, dejaba caer esos vestidos femeninos que tan poco apego tienen al cuerpo, el joven, con la frente baja y los puños apretados, como si se tratase de concluir un negocio o se tratase de tomar por asalto un tren, se disponía a quitarse el saco. Un minuto después, acostada ya, ella lo contemplaba: pensativa, con el borde de la sábana blandamente suspendido por los senos, mientras, retocando sus dedos ligeros la cabellera, el brazo izquierdo dejaba ver la piel tierna y un poco verde de la axila rasurada.

—Querida Dory, logró decir él, para interrumpirse en seguida.

Dorothy lo observaba con ojo interrogador, callada, dudando de disipar con palabras la sed que empezaba a sentir en sus labios.

—¿No estáis enfadado? ¿Tampoco indispuerto?

Se inquietaba con gentileza, y, en ese momento, con un poco del servilismo inherente a la posición que su sexo toma durante el amor.

—Yo....pienso que he faltado. Estoy pronto a reparar—

Se oyó pronunciar a Ralph con una voz sorda y sin timbre como la de un profesor que se aburre.

Sin embargo continuó:

—Y así, creo que el matrimonio....

—¡Querido! —exclamó ella arrojando la sábana.

Para que las cosas fueran más expeditivas, ella había alzado la camisa por anticipado. Se recubrió y besó al hombre con ímpetu.

Después, un pequeño país de color de ternura se formó entre dos bocas y cuatro orejas y dos pechos. Ralph no sentía ya horror. El animal femenino diferente de él, tan temido, cuya vecindad le aportaba antes una angustia insuperable, se había transformado súbitamente. Esta mujer comenzaba a ser, sobre todo en la parte escondida bajo la sábana, la verdadera prolongación de Ralph: una po-

LA CAPITAL PROLETARIA

POR RICARDO MARTINEZ DE LA TORRE

¡Oh Moscú, ciudad de las blancas blusas y de los rojo pañolones!

¡Aia de naciones, alma del Universo, músculo de la vida futura!

¡Oh Moscú, la visionaria, engalanada de banderas comunistas y resonante de las estrofas de la Internacional!

¡Moscú, que gritas a tus soldados: agredidos, nunca agresores, y proclamas guerra a la guerra!

¡Recíbime, ciudad apocalíptica, con tus murallas acribilladas de metralla y tus piedras ensangrentadas!

¡Recíbeme, arcaica y novísima ciudad de los ensayos, de las locuras realizadas, ciudad de contradicciones, paradójica, inverosímil, grito clavado en el ombligo de Dios!

¡Oh ciudad que has sido cantada por las broncas voces de tus jóvenes soldados bolcheviquis!

¡Por tus hermosos soldados rojos, que se instruyeron en las fábricas y fueron filósofos dentro de las cárceles!

¡Moscú, eje del Mundo hoy, hija de Espartaco, cuyo alarido repercute a través de los siglos y de las generaciones!

¡Con tu mano elevada arrojas estrellas soviéticas sobre los pueblos esclavos!

¡Tiemblan de pavor los burgueses, con sólo oír nombrarte, como el palúdico ante el pantano, y quien te ama es perseguido inexorablemente!

¡Moscú, argolla de naciones, brazo fraternal de pueblos, ubre única y gigante para amamantar proletarios rebeldes!

¡Ciudad sonora de ímpetus, polen de pólenes, que avientas tu savia a los raquíuticos, y haces de los abortados, colosos, y de los gusanos, águilas!

¡Ciudad que sacude paralíticos, exalta indiferentes, por quien deliran los cuerdos, a cuya evocación se hunden murallas de Jericó y saltan diques del mar Rojo!

¡Ariete de fronteras, mazo de privilegios, corrosivo de clases, urna para guardar el sueño de Lenin, cuna de reconstrucciones, polo magnético de todas las brújulas!

¡A tu nombre se unen los trabajadores del mundo, bandera de las insurrecciones!

¡Los pueblos de América, frente al peligro del imperialismo sajón, vuelven los ojos a ti, protectora de oprimidos como a un salvador refugio!

¡Tus soldados rojos se desparramarán por el mundo en un inesperado Apocalipsis, y la Virgen Libertad aplastará la cabeza del Leviathán del Capitalismo!

¡Dáme, ciudad de las revoluciones, el valor necesario para secundarte en tu programa, sin vacilación, henchido el pecho de tu voluntad y endurecidos los músculos en un sano esfuerzo renovador!

¡Oh ciudad de las blancas blusas y de los pañolones rojos, ciudad santa de la nueva religión, en cuyo río hombres y mujeres desnudos completamente se bañan bajo el cielo azul, como en aquellos inolvidables tiempos del reinado de Pan!

¡Así quiero exhibir yo mi cuerpo juvenil, menudo y elástico, en la clara luz, al aire libre, entre camarades desnudos y mujeres castas que hayan renunciado al pudor falso de las burguesas!

¡Así quiero cantar, no ya esclavo, ni entre oprimidos, sino en una universal independencia!

¡Oh Moscú, ciudad de una alquimia fantástica, retorta para la piedra filosofal de las libertades futuras, que haces exclamar a Constantino Fedin:

"¡Volver a nacer otra vez, una sola vez, Dios mío! Dentro de cien años. ¡Para ver llorar a los hombres al sólo recuerdo de estos años, para arrodillarse en cualquier parte ante el girón pasado de una bandera, para leer un comunicado del ejército rojo a los obreros y campesinos! El viento desgarrar, azota con la lluvia un periódico pastoso despegado de la pared. ¡Y dentro de cien años, un pedacito de esta hoja será guardada como una reliquia, como el santo de los santos. ¡Nacer dentro de cien años y decir de pronto: ¡Yo viví entonces, yo viví durante aquellos años!"

RICARDO MARTINEZ DE LA TORRE

sesión todavía bastante mezclada en él, para ser efectiva, a toda una parte del mundo. En cuanto al rostro, apoyado sobre el brazo comestible le era indispensable: el rostro cuya sonrisa que se conservaba tan joven, ennoblecía lo que había de algo marchito en la boca y en torno de los ojos experimentados. Ralph comenzaba a conocer una a una las manchas de este rostro: las de los pómulos, las que insidiosamente se habían posado en la comisura de los labios, una pequeña, espiritual, bajo el ojo izquierdo. Tal como los almacenes que rodean la entrada del NORTH AMERICAN BANK, le proponían cada una un artículo especial. Miró el anillo en uno de los dedos doblados entre los bucles y, pensando en el matrimonio próximo, tuvo la satisfacción de verse obrar como los demás.

Dorothy consideraba al novicio con una dulzura que escondía mal el asombro.

—¡Ralphie!

—¡Dorrie!

—Sois un gran muchacho.

—Nos casaremos mañana. La luna de miel en el campo, viviendo en una tienda. Yo aserraré la leña y cargaré el agua.

—Mucha agua para mí, Ralphie. (se ensombrecía por instantes y hablaba entonces en voz baja como si temiera quebrar las formas de un ensueño frágil). No olvideis la lámpara de alcohol para mi ondulación.

—Yo cocinaré: vos reposaréis en la hamaca.

—¿Deveras? Me dejaréis sin embargo lavar un poco la vajilla.

—Enjugar una cucharilla de café con un pañuelo de seda tal vez.

Ralph miró un rato mas allá de ella, en el porvenir.

—Dentro de ocho días, de nuevo en el Banco. Vos no trabajareis: comienzo a valer algo. Se alquila departamentos en los Jones Buildings. Un poco lejos acaso, cerca de Marina, pero comfortable. Camas que se guardan en los muros, cocina eléctrica y teléfono sin hilos.

—Yo querría un pequeño bungalow con una palmera. Y un techo de tejas....

—Bien. Haciendo un préstamo, yo podría complaceros.

Ella lo miraba siempre: adicionando los dólares dentro de sí, rápidamente. Pero algo de fresco y de perfumado, un ice-cream-soda, estaba detrás de la pastilla seca de su seno izquierdo.

—Sois un joven honrado, hecho realmente para ser un marido.

Y de golpe las lágrimas subieron a los ojos de la mujer: inexperadas, irresistibles, abundantes. Pegaban las pestañas, corrían a las orejas.

No venían todas del fondo del corazón. Había algunas que arribaban de mucho mas lejos que la memoria misma, provenientes de ese espacio interior en los confines del cual se modela superficialmente lo que cada uno de nosotros cree ser. Abismo encondido a nuestra vista, inaccesible a nuestros alcances y que no comporta ni destinos individuales, ni países limitados por fronteras.

Donde no hay ni Dorothy Tumbidge ni América.

LUC DURTAİN

MOVIMIENTO FUTURISTA

POR F. T. MARINETTI

La Medición Futurista

Los futuristas pensamos que la crítica en sus formas actuales, usadas por el diario, no responde ya á las necesidades del espíritu moderno enamorado de exactitud, velocidad y simultaneidad. Es necesario suprimirla o modificarla integralmente. Por eso nosotros transformamos la crítica en MEDICION SINTETICA con epígrafes distintos netamente separados.

Las ventajas de la medición son numerosas e importantes:

1o.—Obtener la máxima síntesis eliminando toda repetición, toda divagación, todo circunloquio, toda fraseología decorativa.

2o.—Alcanzar la máxima sinceridad. Estando automáticamente obligado a declarar con brevedad y sin reticencia el valor de cada parte de la obra de arte, quien mide se expresa con sinceridad absoluta y sinceramente prepara la sinceridad del juicio total.

3o.—Ofrecer una síntesis clara al lector que puede leyendo una medición distinguir los diversos y con frecuencia contrastantes valores de la obra medida.

4o.—Hacer separadamente justicia al autor, a sus intenciones, al éxito de sus esfuerzos artísticos, a los actores, al escenógrafo y al público mediante las diversas secciones o epígrafes de la medición. El medidor puede exaltar el valor literario pasado o presente de un autor aún condenando su último trabajo. El medidor puede condenar la ejecución de una obra teatral exaltando la obra misma. El medidor puede constatar el entusiasmo del público condenando la obra que suscitó este entusiasmo. Sin estas separaciones cerradas entre AUTOR CONCEPCION DESCUBRIMIENTOS EJECUCION ESCENOGRAFIA PUBLICO la crítica actual hace con frecuencia una mistela más o menos coloreada de valutaciones imprecisas que conducen al engaño inteligencia del lector.

5o.—Informar rápidamente al lector dinámico y muchas veces distraído. Una ojeada fulminea a la medición puede bastarle a éste para darse cuenta de la obra teatral representada.

6o.—Sopravalutar la originalidad creativa en arte en la sección de las INVENCIONES. La existencia de éstas deviene así el pulso revelador de la obra de arte. Las partes de la medición de la obra teatral son:

AUTOR — CONCEPCION — TRAMA — INVENCIONES — EJECUCION — ESCENOGRAFIA Y LUCES — PUBLICO.

Las partes de la medición de un libro son las siguientes:

AUTOR — ARQUITECTURA — MATERIAL VIVO O DOCUMENTOS HISTORICOS — INVENCIONES Y DESCUBRIMIENTOS — ESTILO Y CUALIDAD NARRATIVA — EDITOR — ANECDOTA.

Estética de los Avisos Luminosos

El valor espiritual y el significado futurista de los avisos luminosos fueron definidos hace quince años por nosotros los futuristas.

Los avisos luminosos han entrado hoy en la sensibilidad artística de todos los habitantes de las grandes capitales.

Son nuestras ardientes plegarias nocturnas al Sol para que retorne pronto a calentar de vida al mundo.

Los avisos luminosos son un sano optimismo embriagante que se opone obstinadamente a la desesperación de la oscuridad.

Los avisos luminosos son las flores excitantes, los frutos jugosos de la nueva estética futurista del hierro ve-loz y del audaz cemento armado.



Autógrafo para "Amauta"

Los avisos luminosos son la higiénica desvalorización y denigración de los crepúsculos enfermos, de la luna nostálgica y de las estrellas pródigas de deprimente melancolía.

Son nuestras constelaciones artificiales, hijas de nuestra implacable voluntad, ágiles constelaciones al alcance de la mano para consolarnos de las que son inaccesibles.

Los avisos luminosos son los profundos dinamismos científicos industriales y comerciales de la ciudad, trepados sobre los techos para competir con los dinamismos estelares.

Bellos, de una novísima pero segura belleza, los avisos luminosos responden a la más noble y más tormentosa de nuestras necesidades: la de sufrir a medias la muerte del sueño y de la noche.

Los avisos luminosos son los parientes y los libros ilustrados de los aviadores.

Los avisos luminosos son los parientes, los imitadores y los enamorados de los faros blancos que acuchillan los enredos barbudos de los puertos, de los altos trenes que escalan las ciudades, de los túneles, de los humos de cigarrillos, de los humos de chimeneas, de los altos hornos,

EL FIN DE UN REDENTOR

POR ENRIQUE LOPEZ ALBUJAR

I

Pocas noches como aquella noche lunar. Su nítida opalescencia hacía resaltar la sombra de los algarrobos, en torno de los cuales los chilcos se apretujaban como manada de carneros en torno de su pastor. Las chozas, a la vera del camino, silenciosas y amodorradas, no daban más indicio de vida que los ladridos de algún perro malhumorado o las guiñadas de algún candil agonizante.

Aquí y allá los maizales agitaban sus pompones floridos, y por entre sus filas, espaciadas y simétricas, los algodonereros, escarchados por el ampo de sus bellotas reventonas, se extendían hasta perderse en el horizonte como serenos lagos de sombra.

El ambiente convidaba una aventura dieciochesca, Prestábase para una cita de amor como para una emboscada de odio; para el parrandeo bullicioso, como para la meditación melancólica. Tal vez si por eso los siete mozos que aquella noche tornaban de una excursión á la bahía de Bayóvar, excitados por el romanticismo del paisaje y la sensación de la velocidad automovilística, unos tumbados sobre los mullidos asientos del studebaker y otros de pié, saludaban, botella en mano entre grandes risotadas, á los transeuntes que iban encontrando en el camino.

El chófer, que era el mismo dueño del automóvil, contagiado también por la alegría, lanzaba de cuando en cuando un hurra y se volvía para decirles alguna cuchufleta, que todos celebraban bulliciosamente.

—¡Cincuenta kilómetros!—ordenaba uno por ahí.

—¡Sesenta!—agregaba otro.

—Cien y déjame bajar primero, cholito—exclamó un tercero, hipando y haciéndose sobre la boca la señal de la cruz con un vaso de *whisky*.

Y el studebaker rodaba, rodaba con empuje mastodóntico, bebiéndose a grandes tragantadas la cinta de luz que él mismo se iba tendiendo por delante, y dejando detrás, entre una ancha y espesa cola de polvo, las maldiciones de los jinetes asustados. Unas veces, contenido en su carrera por las ondulaciones del terreno, los baches y los troncos á flor de tierra, o las cuevas arenosas, parecía encabritarse y tascar impaciente el freno que lo sujetaba. Otras, libre de obstáculos y tentado por la dureza de la pista, entregábase audaz al riesgo de los sesenta kilómetros por hora, á ese suave deliquio de la carrera rauda y fascinante.

de los espirales incendios con melena de chispas, de las nubes, de los aeroplanos, de las trayectorias de los automóviles en las plazas desiertas, de los carriles cintilantes y de las constelaciones.

La belleza de los avisos luminosos tiene por elementos:

1o la originalidad sorprendente.

2o la síntesis fascinante.

3o la alegría infantil.

4o la ilusoria joyería efímera.

5o la velocidad de la luz que corre dibujando el borde de la palabra o el diseño de la cosa por gloriificar.

6o las pausas de tiniebla que interrumpen y avivan la luz creando una música.

7o la respiración coloreada y palpitante de las letras y de los números que refuerza y avalora el lenguaje humano.

8o la clara é inconfundible elocuencia a distancia de los hombres futuros.

F. T. MARINETTI.

Y en estas alternativas de la marcha, que hacía estremecer al auto y zarandear y reír a los viajeros nerviosamente, que lo llevaba y lo traía entre la transición de dos velocidades, como la burbuja de un nivel en balance, el chófer, pegado á la rosca del volante, iba indicando, con cierta suficiencia, los puntos del camino: "San Clemente... Cruz Tume... Vamos á entrar ya en el callejón de Miraflores..."

Todos lanzaron una exclamación de alegría. Muñuela estaba cerca. Allí pensaba el grupo hacer un gran alto, como decía militarmente el director de la banda, y llegar á cierta casa, echar abajo las puertas, si era necesario, y *uanear* un poco con las chicas, que eran cariñosas y entradoras como diablos.

—Yo—dijo el que iba al lado del chófer—vuelvo con hambre de bailar.

—¿Con hambre o con sed...?—preguntó uno.

—No me corrijas, que yo se lo que digo: *con hambre*. Bailar es lo mismo que comer. Cuando uno está con una muchacha entre los brazos, bien ceñidita, cara con cara y haciéndola girar, qué cosa hace sino comérsela, comérsela con los ojos, y la boca, y las manos, y....

—¡Basta, hombre, basta! Comprendido y aprobado—asintió el de adelante.

—Conste entonces que en materia de léxico estoy á la misma altura que en materia de *whisky*, que no es poco decir.

—Ya. Y en lexicomanía, lexicografía, y lexicowhisky...

—Oye—exclamó uno de los de atrás, que había estado dormitando, a pesar de los zarandeos del auto—, y en materia de burrología ¿como andas...?

—Ahí voy contigo. Es cuestión de puntos de vista, que diría Einstein. Por ejemplo: si tú te subes á una torre y me ves desde allí, claro es que me ves menos burro que tú; pero si bajas y te pones junto a mí, tú resultas más borrico que yo.

Una carcajada formidable cayó como un chubasco sobre el aludido, celebrando la chusca chirigota, y el vaso de licor comenzó á circular.

—Bebe, hombre, bebe—añadió el de la chirigota, dirigiéndose al mozo de la comparación—, que esta es mi sangre, porque la tuya no la hemos visto venir hasta ahora.

—Te equivocas. Yo soy el que ha costado la gasolina.

—Bueno; esa es para que el auto beba, pero la que has debido obsequiar para beber nosotros, esa se te quedó en la tienda. Y cuidado que, si mucho me apuras, te descubro que la gasolina ha sido *capoteada* del *garage* de tu hermano.

—¡Capoteada! Mi plata que me cuesta. ¿No es verdad, Ricardo?

—Hombre, ni aunque pusieras por testigo á Santo Tomás, porque tú en lo de no dar eres como Tunney: ni quien te quite el cinturón.

—¡Señores!—gritó uno de los asientos del medio, al parecer el más prudente y el menos bebido—, atención, que ya estamos en Miraflores.

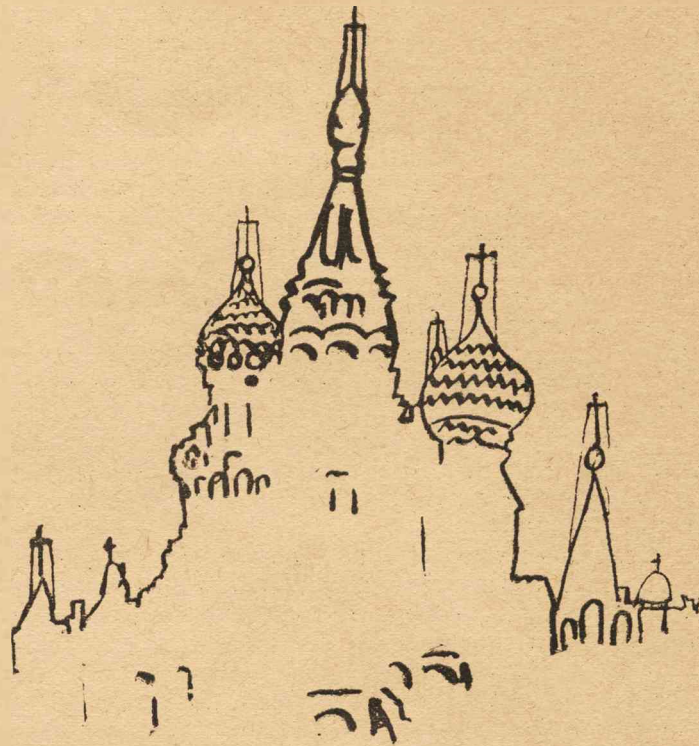
—Pero qué suerte la tuya, Montenegro. No has de abrir la boca sin hacer verso. Ya me explico por qué tienes á la Juanita como una ñoña romántica. Desde que le dijiste en un poema vanguardista que su boca era un binomio de treintidós incógnitas perladas, por ningún algebrista despejadas, no sabe ya más que entornar los ojos y lenguetearse los labios.

Las risotadas no le permitieron contestar de pronto al aludido. Pero en el momento que se abría de brazos, reclamando silencio y se echaba atrás, con afectada im-

MOSCU, LA CIUDAD MISTICA

POR CARMEN SAGO

Para ir a Moscú hay que desdoblarse, dejando el alma europea y los prejuicios, porque no podemos apreciar la enorme y chata ciudad con el criterio de Occidente: ni sus calles, ni su suelo, ni su aire lo permiten. Yo he visto casas, palacios y teatros y me decía: son como en París, pero sentía que no: las ventanas, las columnas, la masa talvez tenían las mismas proporciones; pero la gente que circulaba, el pavimento de cantos redondos, los lindos caballitos del Turquestán, mil cosas sutiles los cambiaban, trasmutando el estilo, el carácter, con mil cosas que escapaban a mi análisis, quedando solo las sensaciones, en las que fué Moscú para mi fantasía una ciudad asiática. En sus calles ví pulular todas las razas de Oriente, desde el finlandés de blanco cabello, hasta el caucasiano de ojos negros y brillantes; desde el amarillo de pómulos salientes, hasta el tolstoyano de barbas de apóstol; ví también mujeres alargadas con caras de iconos bizantinos y mujeres bajas regordetas como esquimales, de regiones desconocidas para mí. Circulaban estas gentes en multitudes rápidas, corrían casi, pareciendo querer alcanzar algo, se pasaban unos a otros como en una apuesta, iban sonrientes y callados por las calles tortuosas, por las inmensas plazas. En estas plazas que parecen hechas para el desfile de ejércitos, cuelgan las cúpulas como racimos de peras enormes. Las hay de todos tamaños y de todos colores, estrelladas, verdes, amarillas, doradas y plateadas, como piñas rugosas y talladas como diamantes, con mil detalles de puntas, ángulos, geometrías simbólicas y flores, y en su punta cruces de filigrana de oro, sostenidas por hilos de oro. El más bello y raro ejemplar es la iglesia de San Basilio en donde se coronaban los zares, construída por Iván el Terrible. Tiene una gran perspectiva en la inmensa Plaza Roja. Ante ella, a una gran distancia el espacio libre para que podamos abarcar la familia de cúpulas: el padre, la madre, los dos hermanos mayores y el más pequeño en arquitectura simbólica, como si estuvieran encargadas de representar un poder que protege, porque siempre hay una grande que es como la cabeza y las menores que se apiñan a su alrededor como seres débiles que buscan amparo. Es por dentro San Basilio como un misal iluminado con viñetas en sus tabernáculos, y muros de oro en sus numeras capillas circulatorias.



Las Cúpulas de Moscú, apunte de Carmen Sago.

La Plaza Roja,—se llamaba así desde antes de la Revolución,— está llena de significados trascendentes en la historia; en el centro se alza el monumento a los fundadores de la carta rusa, a un lado inmensos almacenes para el pueblo y al otro la ciudad fortaleza del Kremlin sobre el que ondea la bandera del comisariado general del pueblo, clavada sobre una cúpula chata. Bajo la bandera y al pié de la muralla del Kremlin, la sepultura de Lenin.

En Moscú todas las plazas son inmensas. Una de las más notables después de la Plaza Roja, es la del teatro imperial con el edificio de la Gran Opera de Moscú estilo renacimiento, decorado con una cuadriga de bronce en el frontón; hoy a su lado están los inmensos almacenes del pueblo, "Moctep", de varios pisos, por los que pasa todo el día una enorme multitud.

Los contrastes de las nuevas arquitecturas americanas, avaloran las cúpulas de oro y de estrellas, y los estilos barroco ruso, bizantino y finlandés, se caracterizan con la fantasía de una ciudad de las mil y una noches.

Al lado del edificio del Comité regional del partido comunista de Moscú, de estilo severo, gris, uniforme, un puñado de cúpulas repican y lo golpean con sus curvas hinchadas y doradas. Y de repente en la alegría triunfal de colores y de brillos, un sueño de Edgard Poe me detiene y me alucina; es una enorme iglesia toda roja, coronada por cinco cúpulas de oro y más allá otra toda blanca como una castidad. Rojo y blanco son los colores dominantes, sobre todo el rojo.

Son tantas las cúpulas en Moscú que aparecen en todos lados; brillan entre las arboledas como frutos raros, y otras veces no son ajos ni peras, sino flechas de oro agudas que se clavan en el cielo como una llamada en punta, porque Moscú es la ciudad mística con iconos vestidos y aureolados de plata, con lámparas encendidas, y bajo un dombo añil estrellado hay símbolos de bronce, luces, flores, incienso. Moscú es la ciudad del pueblo

Levantémoselo siquiera por ser un buen matador de hombres.

Todos los congregantes, á excepción de los porcinos, cabrunos y palmídeos, se pusieron a vocear y aplaudir el arranque tribunicio del buey, mientras sus opositores, entre ellos el macho cabrío y el burro á la cabeza de los chivatistas, se alejaron, perdiéndose en el bosque y haciendo el primero de ellos esta sangrienta alusión:

—A ése... a ése... todo lo que... le hace mal... al hombre... le... le encanta. Para lo que nos importa... esa caja... que está ahí patas arriba con... con la vidita que nos damos...

—Ya lo creo—asintió el burro, con la suficiencia de un juez viejo.— Y en gran parte hay que agradecerse-lo al algarrobo. A este árbol si que deberíamos levantarle todos nosotros, astados y orejudos, una pirámide como las que vieron mis antepasados en otras tierras.

E. LOPEZ ALBUJAR.

Piura, 1927.

nados a hacer fortuna—graves señores pulcramente trajeados, dueños de un "Buick" o de un "Hudson".—Presentaba Carlos la extraña particularidad de ser generoso, compasivo abnegado. Además con aficiones literarias y artísticas y un poco bohemio, no se preocupaba de conseguir una clientela seria y puntual en sus pagos; lo esperaba una vida pobre, modesta y oscura.

Por estas cualidades y excelencias espirituales, por su sensibilidad y su comprensión del arte, por su fuerte y clara cultura, Elguera quería y estimaba a Oliver. Habían vivido muchas horas de bohemia juntos. Al taller del escultor, Carlos, cuando estudiante, traía sus libros. Miguel había acompañado muchas veces a su amigo al hospital. Y las mismas desigualdades y diferencias de sus caracteres los unían más; Elguera era alegre, expansivo, locuaz, más sensual que sentimental, quizás un poco egoísta. Oliver triste, silencioso, huraño, escondía bajo su reserva, un poco altiva, un gran sentimentalismo. Y frente a la vida estaba desarmado por ese mismo sentimentalismo. Miguel, en quien la sensualidad era mas fuerte que el sentimiento, estaba llamado a dominar, a vencer a triunfar; había en él, a veces algo de un Benvenuto Cellini.

Esa tarde—como todas—Elguera y Oliver salieron juntos del taller, una vez idos todos. Descendía la noche sobre la ciudad. En el cielo de un azul violeta brillaba ya un lucero. En silencio los dos amigos fueron caminando. De una confitería iluminada a profusión, venían rumores de voces, de risas, de violines que repetían una tonada de moda. Sobre el asfalto reluciente corrían los automóviles, mezclándose sus bocinazos y sus clamores, a la música que resonaba en los cafés y en las confiterías.

Elguera y Oliver, insensiblemente, habían llegado a un paseo situado en las afueras de la ciudad. Amplia, agreste, con majestuosos árboles un poco inclinados, la avenida se encontraba, a esa hora, casi solitaria. Solamente un hombre y una mujer, cerca de una fuente, bajo un ficus inmenso, se miraban sin hablar, las manos enlazadas.

Un estremecimiento sacudió a los jóvenes; en Oliver fué el corazón que se emocionó. Elguera sintió el anhelo de una efímera comunión carnal, de una embriaguez física ardiente y fugitiva.

—¡Que tarde es! dijo el escultor, después de un momento.

Le respondió Oliver. Volvamos...

—Confíesalo, Carlos. Eres un romántico incorregible, un sentimental candoroso e ingenuo.

Y Miguel, cariñosamente, tomaba el brazo de su amigo para quitarle toda acritud a su ironía.

—Seguramente que sí. Yo creo que el amor es toda a vida; a lo menos *sería toda mi vida*.

La voz del joven médico temblaba un poco y su rostro se tornó grave.

—No. (Miguel hablaba con energía.) El amor no puede ser toda la vida de un hombre. Es un episodio; el arte, las ideas la ciencia, las actividades intelectuales son mas grandes, más nobles que el amor de una mujer. Yo nunca sacrificaría mi arte a una mujer.

Las palabras del escultor vibraron duras, retadoras, audaces.

Lentamente murmuró Carlos:

—Pues, yo por una mujer amada creo que daría mi vida.

EN VERGADURA DEL ANARQUISTA

soy apretón de manos a todo lo que vive

poseo plena la vecindad del mundo

*mi alma lame las paredes de la humanidad como una llama
y chamusca el dolor asomado a algún balcón.*

el arroyo usa un ritmo asilábico aprendido a mi acento

el futuro va enroscado a la inflexión madura de mi voz

voy colocando postes en las parcelas del tiempo

soy el amundsen de mí mismo

cuantos explorándose se acerquen al infinito

comprobarán las dilatadas leguas de mi viaje

habrá un cartel en cada incertidumbre

*hablo, y a mis palabras no les falta ni una probable
dimensión*

marcho, y los caminos quedan habitados para siempre

*grito, y de las campanas gotean sonidos
porque mis iras apuñalean todas las torres*

*donde siembro un odio crece una bandera
para los hombres de imposible presente*

nada de sangre: me corre un viento por las venas

mi corazón es una veleta en lo más alto de mi vida

nista Obrero "La Chispa", esto parecería á primera vista que tiene alguna importancia para la difusión de los ideales comunistas, pero no hay tal, porque se observa el raro fenómeno de que una buena parte de los dos periódicos está dedicada á la polémica ofensiva, á la sátira gruesa de los de una capilla contra los de la otra.

LA U. L. A. LA LIGA ANTIIMPERIALISTA Y LA A. P. R. A.

El año 1925 don José Ingenieros, el malogrado maestro de la Juventud Americana, con el propósito de unificar la acción de los intelectuales de vanguardia fundó en Buenos Aires la Unión Latino Americana, dándole una orientación americanista, la institución se propone el estudio de las cuestiones sociales de nuestros países; su órgano de publicidad "Renovación", trata todos los asuntos, glosa todas las actividades de los grupos de izquierda, de nuestra América. El año 1926 se fundó en Buenos Aires la Liga Antiimperialista, cuyo objetivo principal es la lucha contra el avance del imperialismo yanqui. El año anterior se fundó una sección de la A. P. R. A. (alianza popular revolucionaria americana) partido político latino americano antiimperialista y revolucionario, organizado á fines de 1924 por Haya de la Torre y los desterrados de los diversos países latino americanos, para luchar por la justicia social. Este partido continental no obedece á ninguna central extranjera, y se rige por un programa internacional propio y por un Comité Ejecutivo autónomo.

He aquí su programa:—

Acción conjunta de los pueblos latino americanos:—

I—Contra el imperialismo yanqui.

II—Por su unidad política.

III—Por la nacionalización de las tierras y de las industrias.

IV—Por la internacionalización del canal de Panamá.

V—En favor de todos los pueblos oprimidos del mundo.

OSCAR HERRERA.

Buenos Aires, 1927.

(2)—Datos estadísticos tomados de la Revista de Economía Argentina, No. de Julio de 1926.

(1)—Vease: Tornquist, Carlos A., El desarrollo económico de la República Argentina durante los últimos cincuenta años.

(3)—Vease, José Ingenieros, "Los saint-simonianos argentinos", Revista de filosofía, 1915 y "Sociología argentina".

(4)—Para mayores datos sobre la Asociación de Mayo léase: Esteban Echevarría, "Dogma Socialista", Editorial La Cultura Argentina, 1915.

(5)—Véase: José Ingenieros, "Las ideas sociológicas de Alberdi", Editorial Adelante.

(6)—Para mayor ilustración consúltese: Juan B. Justo, "El socialismo argentino", ediciones de "La Vanguardia".

(7)—Más detalles en Democracia y Socialismo, por Enrique Dickmann. Editores: Serafín Ponzinibio y Cia. Buenos Aires, 1927 y colección de "La Vanguardia".

(8)—Para mayor información sobre el movimiento obrero argentino, consúltese: La Acción Obrera, por Enrique Julio Ferrarazzo, en revista de Ciencias Económicas, 1926.

(9)—Alfredo Palacios, "El Nuevo Derecho".

(10)—Alfredo L. Palacios, "La legislación del trabajo en la Argentina", Revista de ciencias Económicas, abril de 1926. Además puede consultarse el Almanaque del Trabajo, que se edita en Buenos Aires.

(11)—A los 4.100.000 de dólares oro americano que tenía invertido EE. UU. en América Latina hay que agregar por razón de empréstitos contratados el año pasado (1926) la suma de 6. 125.606.000, estos empréstitos a los anteriores se obtiene la cantidad de 424 540.000 o. a.



N E W Y O R K

Los árboles pronto romperán sus amarras
y son ramos de flores todos los policías

Coney Island Wall Street
La lluvia es una moneda de afeitar La brisa dobla los tallos
de las artistas de la Pa-
(ramount.

China Town

La casa de la municipalidad
cambia constantemente de sabor

El tráfico
escribe
una carta de novia

Los teléfonos son depósitos de licor Diez corredores desnudos en la Underwood

T
I
M
E

I
S

M
O
N
E
Y

28 piso

CHARLESTON
RODOLFO VALENTINO HACE CRECER EL CABELLO
NADIE PODRA TENER MAS DE 30 AÑOS

Mary Pickford sube por la miradac del administrador
para observarla

HE SA LI DO
RE PE TI DO
POR 25 VEN TA-
NAS

debajo del tapete hay barcos

No cantes española
que saldrá George Walch dentro de la chimenea

AQUI COMO EN EL PRIMERO NADA SE SABE DE NADA

100 piso El humo de las fábricas
retrasa los relojes

Los niños juegan al aro
con la luna en las afueras

Los guardabosques
encantan a los ríos

y la mañana
se va como una muchacha cualquiera
en las trenzas
lleva prendido un letrero

SE ALQUILA
ESTA MAÑANA

OQUENDO DE AMAT.

La Actual Etapa del Capitalismo

POR EUDOCIO RABINES

Un hecho mundial está llenando la hora contemporánea. Un factor irrefutable está determinando la era presente y la era que vendrá. La etapa histórica por la que atraviesa el mundo se presenta condicionada, cada vez más definida y evidente, por una realidad categórica: el Imperialismo. Lenin lo llamó "la última etapa del capitalismo".

La política mundial, la diplomacia internacional, el devenir de los acontecimientos económicos y sociales, y la concepción del mundo y de la vida, se encuentran determinados por un mismo hecho, característico de nuestra época y consecuencia y etapa final de un periodo, y de un sistema, que cancelan su gestión.

EL VEREDICTO DE LA INTELIGENCIA

Después de la paz de Versalles, nadie se atreve ya —salvo el caso de batir record de ignorancia— a discutir la realidad del imperialismo. La Inteligencia de todos los rangos, los exégetas de todas las teorías, están concordes en reconocer, no ya su acta de nacimiento, sino su rol omnipotente y mundial.

Cunow, apologista del imperialismo y sus conquistas, razona, cínico y simplista: "el imperialismo es el capitalismo actual; el desenvolvimiento del capitalismo es inevitable y constituye un progreso: luego, el imperialismo es un progreso". Schulze Gaevernitz, economista y filósofo, propugnador del imperialismo alemán, estudia en "Britischer Imperialismus" (El Imperialismo Británico) las causalidades y consecuencias de la historia Británica en el siglo actual y denuncia a la Isla como la cuna y la madre del imperialismo. El economista inglés, de filiación liberal, J. A. Hobson, nos dá en su obra, "The Imperialism" (El Imperialismo) una excelente descripción de las principales características, económicas y políticas, del imperialismo. El social-demócrata, Rudolf Hilferding, en "Finanz Kapital" (El capital financiero) hace un hondo y certero análisis de la "fase actual del desenvolvimiento capitalista". El historiador y político francés, André Duboscq, analiza los problemas del Extremo Oriente, en "Le probleme du Pacifique" (El problema del Pacífico) señalando la misma causalidad a todos los fenómenos diplomáticos, económicos y militares: el Imperialismo. Oswald Spengler, —defensor de un imperialismo derrotado— en su "Decadencia de Occidente", sitúa el imperialismo en el Invierno de la Cultura, y la era contemporánea en el invierno de la Cultura Fáustica. Recientemente, los norteamericanos, Nearing y Freeman, presentan en "The Dollar Diplomacy" (La Diplomacia del Dólar) "no una historia del imperialismo, sino una descripción de ciertos casos típicos en que los intereses económicos y diplomáticos de los EE. UU. han chocado con los de ciertos países inexplorados" (1) La obra, severamente documentada, es un panorama de la acción del imperialismo yanqui sobre Haití, Santo Domingo, Cuba, Panamá, Nicaragua, México, Bolivia, La China, Hawai, Puerto Rico y Filipinas. Y, por último, Lenin, en "Imperialismo, última etapa del Capitalismo", nos expone, dialéctica, realista, incontestablemente, dentro del mas severo análisis y la mas estricta constatación de los hechos, la teoría y la praxis de esta etapa característica de la Historia actual.

Las opiniones vertidas vienen de todos los sectores, enfocan el problema desde los mas diversos puntos de vista, desde las mas opuestas concepciones. Pero todas, sin excepción, concuerdan y se unanimizan en un punto innegable: el imperialismo es el hecho característico y determinante del momento contemporáneo.

LA EVIDENCIA HISTORICA

Inválida sería la tesis si ella no estuviera concorde con la realidad que presentemente previene ante nosotros. La lógica histórica no consiente asertos subjetivos, ni divagaciones metafísicas. Como ciencia está arraigada, consustancializada con las leyes que emanan de la realidad y muy lejos de ser aquella "narración ordenada de los hechos memorables" o simplista, aunque carlailianamente, "la biografía de los grandes hombres".

La Historia de la Humanidad, desde los últimos años del siglo pasado, es la historia del imperialismo. La guerra hispano-yanqui —1898— la toma de Puerto Rico y Filipinas —1899— la anexión del Hawai —1893-98— la guerra anglo boer —1899-1902— la revolución de los Boxers —1900— la toma de la Zona del Canal de Panamá y la independización de esta república —1903— la guerra ruso-japonesa —1905— las ocupaciones de Cuba, por los EE. UU. —1899-1909-1912 y 1917— las guerras italo turca —1911— y turco balcánica —1912— la repartición de China —1895-1914— la Guerra Mundial —1914 18— y sus consecuencias: Tratado de Versalles, surgimiento de Polonia; Yugo eslavía y Tcheco eslovaquia, estrangulamiento de Austria, sometimiento y crisis de Alemania, Plan Dawes. Liga de las Naciones, Revolución Turca, ocupación del Ruhr, crisis francesa e italiana. Actual situación inglesa. Repartición del mundo colonial. Creación de los estados del Báltico. Revolución Rusa 1917— En América: Revoluciones de México —1910-17— Invasión de México —1914— ocupación de Haití —1915— y de Santo Domingo —1916— ocupación de Nicaragua, e imposición de un verdadero protectorado —1919-1927— El asunto Tacna y Arica, desde su sometimiento al arbitraje de Washington y sus proyecciones en la Historia Latino americana, y, finalmente, la Revolución China, el hecho mas grave y palpitante del momento, son evidencias irrefutables, violentas, culminantes del imperialismo y de su desenvolvimiento.

El Gran Hombre, representante, ha descendido del zócalo de semidios, en que el subjetivo de las multitudes con el consenso —menos Marx y sus prosélitos— de la Inteligencia, quiso colocarlo. Idénticamente que los acontecimientos, la acción de los semi-divinos, obedece al determinismo histórico. La trama dramática no es creada, a libre albedrío por el providencial superhombre. Se ha confundido autor con actor. El, marcha y acciona, en el escenario histórico, obedeciendo a las necesidades del ambiente, a los imperativos de su época. Puede tan sólo interpretar la realidad que vive, encausarla y dirigirla. Tal el límite de su papel histórico. La imaginación romancesca o la necesidad de un núcleo, han querido hallar aquí, lo misterioso y lo sobrenatural. Rezagos del opio mítico de la esclavitud y la servidumbre. Herencia reaccionaria del mesianismo y del milenio, nutrida cuidadosamente por quienes tienen interés capital en conservar sus mejores y mas sólidos baluartes.

En la hora que deviene: fuerzas cada vez mas nítidas, antagonismos cada vez más polarizados, intereses mas netos y clarísimos, el gran hombre, como las multitudes, tiene que situarse históricamente en pro o en contra del fenómeno. No puede evitarlo, ni transmutarlo, ni escamotearlo. Ni resolverlo sino por un solo derrotero. Le es imposible crear realidades concordes con su idealismo subjetivo. Y así constatamos que la matriz feudal o pequeño burguesa es ya estéril para concebir el Gran Hombre, y que éste desenvuelva su acción —hoy lo vemos mejor que en las otras horas de la Humanidad— condicionada por la lucha ineluctable. O ella es filo-imperialis-

ta, o es anti-imperialista: Cecil Rhodes o Mc Kinley, Hindenburg o Roosevelt, Foch o Guillermo II, Wilson o Mussolini, Lenin o Sun Yat Sen, Trotzky o Ghandi, Eugenio Debs o Romain Rolland, Tchicherin o Chamberlain, juegan su rol en el drama histórico, sometidos al determinismo de la época. O realizan las posibilidades de la revolución o aquellas de la reacción, cada vez menores y solo episódicas. Poco importa el cariz que su voz, su fraseario, puedan tener. El hecho será ejecutado con ellos, o a pesar de ellos.

La actual política yanqui —por ejemplo— suban al poder demócratas o republicanos, gobiernen “los representantes del movimiento imperialista: Mac Kinley, Roosevelt o Lodge; el representante de la diplomacia del dólar, Taft; o el de la misión tutelar, imperialista, financiera y bíblica, Wilson” (2) será política de conquista y coloniaje. Sus grandes hombres —hechos por obra de la Prensa, el Cable, la Radio y el Anuncio— su política, su ideario y su acción, serán imperialistas. El apóstol Wilson declamará sobre el libre derecho de los pueblos, nos dirá su lamentación evangélica, enunciando que “estamos cogidos dentro de un régimen inhumano, que no tiene corazón” (3) pero ordenará la toma del “Ipiranga” y la invasión de México (4) apadrinará el Consorcio de los banqueros en China (5) hará desembarcar sus tropas de conquista, y tomará las aduanas y las poblaciones en Santo Domingo (6) enviará a Caperton a ejercer la diplomacia del rifle, a apropiarse de las Aduanas y del tesoro haitianos, a ejecutar la ley marcial en Haití (7) negociará e impondrá el coloniaje a Nicaragua (8) intervendrá militarmente en Cuba, en 1917 y tendrá al gobierno independiente de la hermana menor, bajo el control de la marinería yanqui, la que “aclimatándose para el servicio en la Guerra Europea, permaneció en la Isla hasta 1919” (9) meses después del armisticio. Es decir, servirá como Taft, como Harding, como Coolidge, los fines y propósitos violentos y conquistadores del imperialismo. Malgrado la dureza apostólica de los XIV puntos.

POSICION HISTORICA DEL IMPERIALISMO

Al hacer el análisis del fenómeno, comencemos por esclarecer sus características peculiares, definiendo su posición histórica y los rasgos que lo definen como el hecho típico de la era presente.

Hay una confusión pintoresca en la mayoría de quienes, en América, discurren sobre imperialismo. Un distinguido publicista colombiano, habla sobre un imperialismo peruano (10). Entre nosotros, es común repetir la frase de la existencia de un imperialismo chileno. Hasta en la “muy alta tribuna argentina, “Renovación”, se habló de un imperialismo argentino. Y, para finalizar la confusión, se trata de presentar un imperialismo ruso, de vastas y complejas proyecciones.

El Imperialismo no es el hecho militar. Ni el simple cambio de orientación en política internacional. Ni la quiebra o el encumbramiento de tal norma jurídica o moral. Son sus consecuencias. Metamorfosis de las fórmulas. El fondo y la raigambre del imperialismo es de carácter netamente económico. Es en la Economía donde tenemos que buscar la infraestructura de su realidad, “sin cuyo conocimiento la política, la guerra y la Historia, serán ininteligibles”.

El anexionismo o la conquista militar es un fenómeno típico de la etapa feudal. La población y las necesidades se acrecientan en un momento en que la tierra y sus productos son la riqueza primordial, y el hecho se realiza concorde con la realidad histórica del momento. Lo demuestran los acontecimientos del Medioevo y la Edad Moderna, en Europa, y los del siglo pasado en América. La compra de la Alaska y la Luisiana, la toma del Oregón, la guerra contra México y la anexión de Tejas, California y Nuevo México, por los EE. UU. La conquista de Antofagasta y Tarapacá por Chile, etc. Es-

ta acción se realiza, generalmente, a continuidad de las fronteras, en un movimiento económico y, a veces, además biológico de expansión.

El colonialismo es no solo la conquista de la tierra alejada de la frontera, sino además la conquista de un mercado comercial de donde se pueden extraer los productos y materias primas industriales, y a la vez un mercado de consumo para las manufacturas y artículos elaborados por el maquinismo desarrollado de la metrópoli. Importación de materia prima, exportación de materia manufacturada, es decir intercambio de mercancía, es lo que caracteriza, primordialmente, el colonialismo. Los intereses que se mueven son definitivamente comerciales e industriales. He aquí porqué el colonialismo aparece cuando el capital comercial ha desarrollado, cuando la manufactura ha saturado los mercados vecinales, cuando los primeros inventos dan nacimiento y base a la industria moderna.

En nuestra época, el capital no es ya, en su esencia, el antiguo capital comercial de la manufactura, ni el preponderante capital industrial de la libre-concurrencia. El es netamente financiero. No es la Bolsa del libre-comercio, quien dirige los destinos económicos del mundo. Es la Banca y la Finanza, es decir el capital financiero, quien controla, organiza, subyuga y desenvuelve la agricultura, el comercio, y la industria. Y este es el rasgo que caracteriza y define sustantivamente al imperialismo: el predominio y la omnipotencia del Capital Financiero. “El imperialismo actual se diferencia del antiguo, primero: en que él substituye a las tendencias de un solo imperio creciente, la teoría y la práctica de imperios rivales, guiados cada uno por las mismas aspiraciones de expansión política y de provecho comercial. Segundo: en que él marca la preponderancia de los intereses financieros sobre los intereses comerciales” (11).

Confundir pues, conquista de expansión y colonialismo con imperialismo, o imperialismo romano, con la etapa actual, es tergiversar la realidad histórica o desconocer la lógica que la rige y la infraestructura que la condiciona y determina.

El Perú, Chile, la Argentina y todos los países latino-americanos, se hallan muy lejos de ser potencias financieras, exportadoras de capital, propugnadoras de imperialismo. Las inversiones de capital extranjero, las concesiones, los empréstitos, etc. están demostrando precisamente que son colonias del imperialismo, o marchan hacia el coloniaje. Están soportando voluntariamente la invasión imperialista. Y Rusia, por el sistema económico que la rige, por la lucha que sostiene por elevar su economía, no tiene capacidad, consecuentemente ambiciones, para ser o convertirse en potencia financiera, conquistadora y por ende, imperialista.

EL ESCENARIO IMPERIALISTA

La escena, como el drama, tienen carácter mundial. La China y la India, Marruecos o Bélgica, el Perú o Nicaragua, todos los pueblos y lugares del planeta están envueltos por el fenómeno mundial. Los hechos históricos enumerados más arriba lo demuestran de modo irrefutable. El internacionalismo no es tan solo un credo de vanguardia revolucionaria. Es el ideario y la aspiración de la alta banca y la Finanza, para la expansión mas libre de sus intereses. Los banqueros, en su último manifiesto al mundo, propician la abolición de las fronteras aduaneras y la supresión total de los aranceles. Atacan, por reaccionaria, toda defensa celosa de las fronteras. “Nuestros vecinos, en la paz, son nuestros clientes, y de la prosperidad de ellos depende la prosperidad nuestra” (12). Objetivamente, vecino, en esta hora de motorships, T. S. H. y aeronavegación es cualquier consumidor o productor de cualquier punto del globo. Subjetivamente: “Existe hoy día una conciencia de la Humanidad. Ella se ha formado lentamente

Alabanza por los instantes puros

en los trenes nocturnos
van los viandantes de la angustia
locomotoras sedientas
han de desplazarse en el abismo
al primer encuentro con las luces

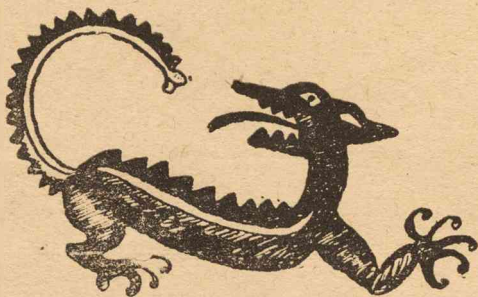
y el día se pondrá de pié para recibirte
¡oh grandioso instante de mi alma
hacia la pureza!

desvelada, sin fuerzas,
arrastrándote hasta
los umbrales de Dios

con estos ojos
ya podré mirar el rostro de mi madre
leche gozosa que beberá mi hijo.

¡alabanza por los instantes puros!

BLANCA LUZ BRUM.



en todos los países de la tierra. Ella ha hecho sentir a los pueblos su solidaridad" (13).

El Imperialismo es, pues, el fenómeno histórico irrefutable. Ni la ignorancia, ni el snobismo pueden negarlo. Y él es el capitalismo actual, la fase presente del desenvolvimiento capitalista. La última etapa del capitalismo. La Historia, con sus acontecimientos y sus hombres, estamos condicionados y determinados por él. Su escenario es mundial y la lucha en pro o en contra, asume proporción mundial internacional. Hombre de ninguna clase podrá aislarse, alegando una lírica neutralidad. Todos seremos obligados a tomar una posición definida y neta: servidores o insurrectos. Tal el dilema que el imperialismo nos impone. Todo hombre es obligado ya a mirar de frente la realidad objetiva. Y ella es una estela de sangre, de conquista, de crimen, en el pasado. La inseguridad, la crisis integral, la guerra, en el presente. La conmoción mas grande de los tiempos en el porvenir. Y el triunfo de la causa y del derecho de la clase a la que pertenece el porvenir.

- (1) Stcott & Nearing. Prol. "The Dollar Diplomacy",
- (2) Pereyra. "El Mito de Monroe" p. 12.
- (3) W. Wilson. "The New Freedom".
- (4) Tumulty "Wilson as I know him" p. 152.
- (5) Carnegie Endowment p. 74.
- (6) U. S. "Foreign Relations" p. 425-27.
- (7) U. S. "Haiti Hearings". y U. S. "Foreing Relations" 1915 p. 522.
- (8) Ob. cit. p. 1035, 1037.
- (9) Scott & Nearing "The Dollar Diplomacy" p. 214.
- (10) J. Antonio Uribe "Anales diplomáticos y consulares de Colombia."
- (11) Hobson "Imperialism" p. 324.
- (12) Manifiesto de los Banqueros e Industriales 21 Oct. 1926.
- (13) Romain Rolland. Carta al A.P.R.A. 11 de enero 1927.

¡ G R I T O !

¡ésta inquietud de germen
con que distraigo al mundo donde reino,
¡éste ulular de cierzo en estivales horas!
¡éste galimatías de mi existir,
péndulo de un reloj en el desierto!....

i barajo las figuras de mi vida
en las horas discretas,
¡i todas me dejan un sabor acre de nicotina
en el pecho, las manos, las sienes y la lengua!

¡ésta soberbia de negarnos como somos,
una mazorca de atavismos inconfesos,
frente al futuro de intangibles bridas,
para nosotros los de hoy!

atormentados en la retorta del presente,
fundiendo el oro i plata
del mañana i del ayer,
polichinelas del eterno guiñol evolutivo,
en esta alquimia de conceptos
me retuerzo, ardo, brillo,
sobre la fragua vespéral.
¡siglo veinte, MI SIGLO,
silba mi grito como un huracán!

¡siglo de abracadabra sociológica,
soi tu sacerdotisa,
i en el círculo mágico del pasado i el futuro
lanzo mis alaridos,
mis hondos alaridos de embrujada!

la escoba es mi caballo.....
en la noche macabra
cabalgaré sobre los aires
tal que una bruja desdentada.

¡siglo veinte, MI SIGLO,
todas en una GARBA,
vestales, sibilas y garzonas,
hacia la MONTAÑA, hacia la MONTAÑA
(i el mañana nos pertenecerá!)

TOTA la lámpara y el abracadabra,
corta la cabellera, coartada la maternidad
¿hacia dónde vamos mujeres de mi época?
¡hacia la simplicidad!
¡siglo veinte, MI SIGLO,
silba mi grito como un huracán!

GRACIELA GARBALOSA

México, 1927



LA CAPITAL PROLETARIA

POR RICARDO MARTINEZ DE LA TORRE

¡Oh Moscú, ciudad de las blancas blusas y de los rojo pañolones!

¡Aia de naciones, alma del Universo, músculo de la vida futura!

¡Oh Moscú, la visionaria, engalanada de banderas comunistas y resonante de las estrofas de la Internacional!

¡Moscú, que gritas a tus soldados: agredidos, nunca agresores, y proclamas guerra a la guerra!

¡Recíbime, ciudad apocalíptica, con tus murallas acribilladas de metralla y tus piedras ensangrentadas!

¡Recíbeme, arcaica y novísima ciudad de los ensayos, de las locuras realizadas, ciudad de contradicciones, paradójica, inverosímil, grito clavado en el ombligo de Dios!

¡Oh ciudad que has sido cantada por las broncas voces de tus jóvenes soldados bolcheviquis!

¡Por tus hermosos soldados rojos, que se instruyeron en las fábricas y fueron filósofos dentro de las cárceles!

¡Moscú, eje del Mundo hoy, hija de Espartaco, cuyo alarido repercute a través de los siglos y de las generaciones!

¡Con tu mano elevada arrojas estrellas soviéticas sobre los pueblos esclavos!

¡Tiemblan de pavor los burgueses, con sólo oír nombrarte, como el palúdico ante el pantano, y quien te ama es perseguido inexorablemente!

¡Moscú, argolla de naciones, brazo fraternal de pueblos, ubre única y gigante para amamantar proletarios rebeldes!

¡Ciudad sonora de ímpetus, polen de pólenes, que avientas tu savia a los raquíuticos, y haces de los abortados, colosos, y de los gusanos, águilas!

¡Ciudad que sacude paralíticos, exalta indiferentes, por quien deliran los cuerdos, a cuya evocación se hunden murallas de Jericó y saltan diques del mar Rojo!

¡Ariete de fronteras, mazo de privilegios, corrosivo de clases, urna para guardar el sueño de Lenin, cuna de reconstrucciones, polo magnético de todas las brújulas!

¡A tu nombre se unen los trabajadores del mundo, bandera de las insurrecciones!

¡Los pueblos de América, frente al peligro del imperialismo sajón, vuelven los ojos a ti, protectora de oprimidos como a un salvador refugio!

¡Tus soldados rojos se desparramarán por el mundo en un inesperado Apocalipsis, y la Virgen Libertad aplastará la cabeza del Leviathán del Capitalismo!

¡Dáme, ciudad de las revoluciones, el valor necesario para secundarte en tu programa, sin vacilación, henchido el pecho de tu voluntad y endurecidos los músculos en un sano esfuerzo renovador!

¡Oh ciudad de las blancas blusas y de los pañolones rojos, ciudad santa de la nueva religión, en cuyo río hombres y mujeres desnudos completamente se bañan bajo el cielo azul, como en aquellos inolvidables tiempos del reinado de Pan!

¡Así quiero exhibir yo mi cuerpo juvenil, menudo y elástico, en la clara luz, al aire libre, entre camarades desnudos y mujeres castas que hayan renunciado al pudor falso de las burguesas!

¡Así quiero cantar, no ya esclavo, ni entre oprimidos, sino en una universal independencia!

¡Oh Moscú, ciudad de una alquimia fantástica, retorta para la piedra filosofal de las libertades futuras, que haces exclamar a Constantino Fedin:

"¡Volver a nacer otra vez, una sola vez, Dios mío! Dentro de cien años. ¡Para ver llorar a los hombres al sólo recuerdo de estos años, para arrodillarse en cualquier parte ante el girón pasado de una bandera, para leer un comunicado del ejército rojo a los obreros y campesinos! El viento desgarrar, azota con la lluvia un periódico pastoso despegado de la pared. ¡Y dentro de cien años, un pedacito de esta hoja será guardada como una reliquia, como el santo de los santos. ¡Nacer dentro de cien años y decir de pronto: ¡Yo viví entonces, yo viví durante aquellos años!"

RICARDO MARTINEZ DE LA TORRE

sesión todavía bastante mezclada en él, para ser efectiva, a toda una parte del mundo. En cuanto al rostro, apoyado sobre el brazo comestible le era indispensable: el rostro cuya sonrisa que se conservaba tan joven, ennoblecía lo que había de algo marchito en la boca y en torno de los ojos experimentados. Ralph comenzaba a conocer una a una las manchas de este rostro: las de los pómulos, las que insidiosamente se habían posado en la comisura de los labios, una pequeña, espiritual, bajo el ojo izquierdo. Tal como los almacenes que rodean la entrada del NORTH AMERICAN BANK, le proponían cada una un artículo especial. Miró el anillo en uno de los dedos doblados entre los bucles y, pensando en el matrimonio próximo, tuvo la satisfacción de verse obrar como los demás.

Dorothy consideraba al novicio con una dulzura que escondía mal el asombro.

—¡Ralphie!

—¡Dorrie!

—Sois un gran muchacho.

—Nos casaremos mañana. La luna de miel en el campo, viviendo en una tienda. Yo aserraré la leña y cargaré el agua.

—Mucha agua para mí, Ralphie. (se ensombrecía por instantes y hablaba entonces en voz baja como si temiera quebrar las formas de un ensueño frágil). No olvideis la lámpara de alcohol para mi ondulación.

—Yo cocinaré: vos reposaréis en la hamaca.

—¿Deveras? Me dejaréis sin embargo lavar un poco la vajilla.

—Enjugar una cucharilla de café con un pañuelo de seda tal vez.

Ralph miró un rato mas allá de ella, en el porvenir.

—Dentro de ocho días, de nuevo en el Banco. Vos no trabajareis: comienzo a valer algo. Se alquila departamentos en los Jones Buildings. Un poco lejos acaso, cerca de Marina, pero comfortable. Camas que se guardan en los muros, cocina eléctrica y teléfono sin hilos.

—Yo querría un pequeño bungalow con una palmera. Y un techo de tejas....

—Bien. Haciendo un préstamo, yo podría complaceros.

Ella lo miraba siempre: adicionando los dólares dentro de sí, rápidamente. Pero algo de fresco y de perfumado, un ice-cream-soda, estaba detrás de la pastilla seca de su seno izquierdo.

—Sois un joven honrado, hecho realmente para ser un marido.

Y de golpe las lágrimas subieron a los ojos de la mujer: inexperadas, irresistibles, abundantes. Pegaban las pestañas, corrían a las orejas.

No venían todas del fondo del corazón. Había algunas que arribaban de mucho mas lejos que la memoria misma, provenientes de ese espacio interior en los confines del cual se modela superficialmente lo que cada uno de nosotros cree ser. Abismo encondido a nuestra vista, inaccesible a nuestros alcances y que no comporta ni destinos individuales, ni países limitados por fronteras.

Donde no hay ni Dorothy Tumbidge ni América.

LUC DURTAİN